

BIFRONTE

Revista de Literatura Año I

No. 1 2005



Guillermo Cabrera Infante

Antonio José Ponte

José Martí Caridad Atencio

Luis Felipe Rojas

Duanel Díaz Infante Ernesto Santana

Ismael González Castañer Rafael Vilches Proenza

revista **Bifronte** / año I no. 1-2005/
coordinadores: **luis felipe rojas rosabal**
michael hernández miranda
asesor: **P. olbier hernández**
redacción y correspondencia:

obispado de holguín
calle martí no. 136, holguín, cuba (80100)
PUBLICACIÓN TRIMESTRAL ADSCRITA A LA
COMISIÓN DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN
SOCIAL DEL OBISPADO DE HOLGUÍN

e-mail: **revbifronte@yahoo.com**
los trabajos firmados expresan
la opinión de sus autores

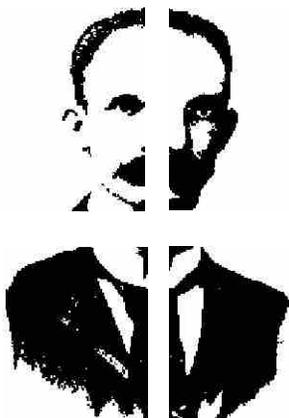
Bifronte nace **para dialogar**, para vehicular ideas y armar **un carro otro** que conduzca hacia adelante, hacia mañana.

¿Una convicción? Jamás una sola, pero valgan las similares a esta: **La cultura nunca sobrevive a la falsa unanimidad.**

Nos anima **arrimarnos a la experimentación**, desligarnos de castradoras teorizaciones que en lugar de profundizar, banalizan.

Rechazamos cualquier exigencia y manipulación que opere contra la imaginación, el desenfado, la crítica y la ironía.

Si echamos a andar este proyecto es para sentir, aunque sea, **el estrépito del pistoletazo en el concierto.**



Indice

la muerte de caín / 4

*un diario con más
de cien años*
Guillermo Cabrera Infante
el pan de los muertos
Ismael González Castañer

el versolibre / 10

intramuros
Ernesto Santana

se trata de perder
Ormany Rodríguez / 12

narrativa / 13

virtual
Luis Felipe Rojas Rosabal

entrevista / 16

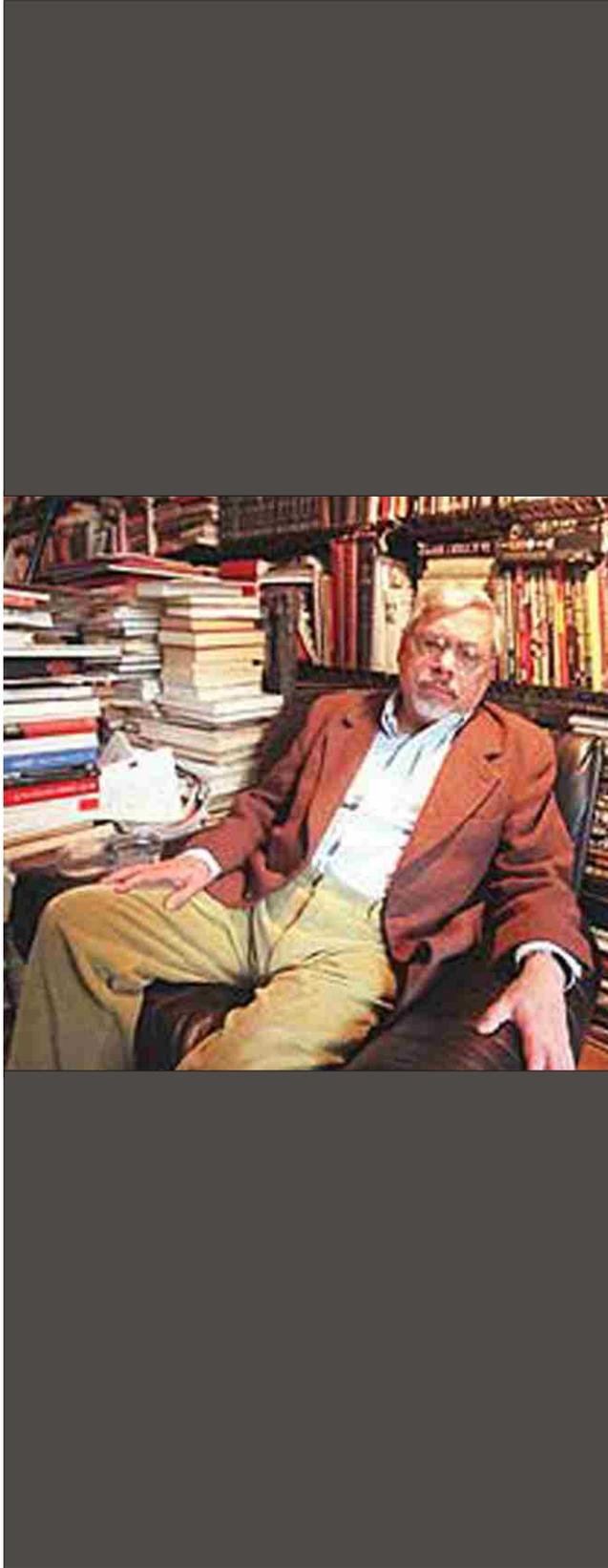
escapar de las emociones
(con Caridad Atencio)

la opinión / 19

libertad. ala de la industria
José Martí
permanencia del espía y del fantasma
Antonio José Ponte
isla violeta en entero verde
(otra ocasión para leer a Reina María Rodríguez)
Duanel Díaz Infante
algo similar a los monstruos de mañana
Iosmar López
el otro Guillermo
Rafael Vilches Proenza
escribir en provincias
Guillermo Vidal Ortiz

el anaquel / 30

La muerte de Caín



Era un animal cinéfilo, un gourmet de la palabra. Escribió de la paz y de la guerra con viñetas que trasladaban el amor y el horror al amanecer en el trópico. Amaba las carnes de los tigres más tristes y llevaba la isla bajo el brazo, acaso era una isla flotante, como dijo alguna vez refiriéndose al exilio de José Martí.

Guillermo Cabrera Infante, aún después de muerto, novela *La Habana*. Obsesión de viandante insomne, el mapa de sus calles, portales, cines y plazas sigue apareciendo en sus sagas deslumbrantes. A la sombra de una sala oscura, descubrió historias reales de dulzura y perdón, de dolor y hastío, como en muchas de las películas que vio y volvió a ver.

Había nacido en Gibara, una villa costera de Oriente que aun cuando dejen de soplar nortes seguirá prodigando a los viajeros el olor nostálgico del pez volador. Allí descubrió Caín la fascinación encerrada en un libro abierto y leyó -- recomendado por su maestro de escuela-- el *Diario de campaña* del que murió en Dos Ríos. Allí caminó con los brazos abiertos por los filos del abismo, el aire de mar batiendo su cara. Allí esperó la hora del próximo filme para adolescentes en el viejo cine de barrio. Allí amó y odió. Allí hizo un juramento.

Allí supo de Joseph Conrad, nacido en Polonia, pero establecido durante medio siglo en Inglaterra, o para ser más exactos, en barcos ingleses. Y de Witold Gombrowicz, que vivió 35 años en Polonia, 23 en Argentina y 6 en Francia. Y del ruso Vladimir Nabokov, habitante de Europa (Inglaterra, Alemania, Francia, Suiza...) que llegó a vivir dos décadas en Estados Unidos. Y del gran Igor Stravinski, que habitó en Rusia durante 26 años, en Francia y la Suiza francófona durante 29, y en Estados Unidos durante 32.

De ellos aprendió la fuerza itinerante de los viajeros consumados que no perdieron el cordón umbilical que los unía a una cultura o un idioma. A ambos, idioma y cultura, hizo aportes perdurables en el orden de una visión pluralizada de las artes, imán de escritura novelada, imágenes concatenadas, rejuego lúdico y metáfora del desgarramiento que no excluye humor e ironía. Quevediano siempre, Cabrera Infante es el humor cubano legitimado en alta literatura. Y también la música de la noche cubana, el bolero aquel de sangre y guapería, cuyos artífices también murieron. O el sonido en sordina de un piano de cola que acompaña una sesión de cine silente. Quien murió en Londres no es sino su cuerpo, su carnalidad borrada tras el adiós definitivo.

Un diario con más de cien años

Guillermo Cabrera Infante

Guillermo y Martí amaron esta tierra como quien la ama y la deja para siempre, con la misma furia y presentimiento de estar sellando un pacto de infinita lealtad. Bifronte acerca a los lectores esta semblanza de Caín sobre el cubano universal de la calle Paula.



El 28 de enero de 1939 mi maestro de tercer grado me mandó a buscar un libro a la biblioteca municipal. Salí de la escuela y recorrí corriendo las tres cuadras hasta mi destino. Llovía una llovizna fina que apenas mojaba. El libro que me dieron, no me prestaron, tenía una cubierta de colores vivos: el mismo libro estaba vivo. Me lo metí bajo la camisa y regresé corriendo a la escuela. En el aula se lo entregué a mi maestro, al que todos llamaban en el

pueblo Ramonín. Todos menos nosotros los alumnos que lo llamábamos maestro. Ramonín tomó el libro con su mano izquierda, lo pasó de mano y con su mano derecha me lo devolvió. Es decir, me lo entregó.

-Es para ti. Como premio a la excelencia. Era la primera vez que me daban un premio y mi sorpresa y mi timidez me impidieron dar las gracias. Cogí el libro, mi libro, y fui a sentarme en mi pupitre no en medio de los aplausos, sino de un silencio embarazado. El libro, mi premio, *La Edad de Oro*, estaba escrito por José Martí. Ese día era el de su natalicio.

Niños de América

La Edad de Oro era una compilación de los cuatro números de una revista que Martí había escrito y editado "para los niños de América". (Yo era uno de esos niños de América, pero no lo sabía entonces). Acaricié el libro de lomo liso, lustroso y empecé a leerlo. Todavía no he terminado ni creo que terminaré nunca. Quiero decir darlo por terminado, porque es un libro vivo. Era una compilación de cuentos, decir de hadas es decir de hados, y versos, escritos para niños o traducidos. Pero había una narración titulada *Tres Héroe*s que comenzaba con una frase que me persigue todavía, unas veces en forma de cita, otras en forma de parodia.

He aquí la cita: "Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anoecer y sin sacudirse el polvo del camino no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar".

Cito de memoria porque me aprendí la cita entonces de memoria, no por motivos patrióticos, sino por la figura del extraño viajero en tierra extraña en una aventura política. Ahora, más de medio siglo después, sé que ese pasajero nunca detiene su andar porque la tierra que habita no está en la geografía, sino en la historia.

Pero es un desterrado sin tierra histórica, un exiliado. Al niño que leía *La Edad de Oro* le habría parecido un destino fantástico, como si la historia fuera una novela de, digamos, Jules Verne. Los poemas, los versos dispersos de Martí, su poesía toda podría pertenecer a una antología cubana hecha en el siglo pasado que bien puede hacerse hoy, *El laúd del desterrado*. Los discursos, las reflexiones que hizo Martí en vida pertenecen a la literatura del exilio, porque Martí se hizo escritor en el exilio y aunque murió en Cuba, esa tierra por la que perdió la vida era territorio del exiliado que vuelve como el viajero que huye. Toda mi vida desde esos nueve años, desde antes, ha estado envuelta entre las páginas de Martí. Su figura histórica, distorsionada por tios y troyanos (y la referencia a Troya que hace el refrán es exacta), sino manifiesta por el hombre que Unamuno llamó "nada menos que todo un hombre", y por su escritura, que es toda una literatura. Pero Martí, ya lo sé, plantea más problemas que problemas resuelve. Voces de muerte (no sólo cerca del Guadalquivir sino del Tajo y más abajo) declaran muerto a Martí. Dicen que nadie lee a Martí en España, que bien pudo escribir en sánscrito porque la suya es una lengua muerta. No sé a quiénes de sus contemporáneos se lee en España, pero ciertamente no a Unamuno (que nació sólo 11 años después de Martí) ni al más joven y ya viejo Ortega y Gasset y que es el más fácil y feliz de los filósofos. Ortega opinó también de casi todo y Unamuno escribió el ensayo *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres*, pero no dijo nada de la tragedia en las mujeres. No se puede culpar a Martí ni de frivolidad de salonnier ni de machismo. Al contrario, Gabriela Mistral, que debía saber lo que dice, dijo que Martí era un hombre flor que tuvo la desgracia de nacer, vivir y morir, sobre todo morir, entre hombres máuser, que fue el fusil más letal. Cuando muchos escritores escriben abriendo, cuando mucho sólo una ventana y algunos entornando una puerta, Martí escribió abriendo puertas de par en par. Un escritor muere cuando mueren sus palabras y la palabra de Martí, su voz que ha durado más de cien años, estará siempre viva porque Martí escribía de viva voz.

Martí no es sólo la literatura cubana, es su fundación que es nuestra tradición.

Toda tradición contiene su traición. Judas, ¿habrá que recordarlo fuera de Semana Santa?, empezó siendo un fiel seguidor de Jesús. Martí, presentado a los cubanos como nuestro Apóstol, ha tenido a sus apóstatas precisamente entre aquellos que decían -y dicen- seguirlo fielmente. Pero no he venido aquí a anotar a los traidores, sino a elogiar a José Martí.

Martí no es un fantasma propicio que se convoca alrededor de una mesa redonda, pero su voz todavía nos habla. No de ultratumba, sino de sus páginas. Martí vivió toda su vida adulta en el exilio y sin embargo es el más cubano de los cubanos. Su martirio fue una forma de fracaso. Pero su instrumento político más eficaz, aparte de su suicidio, es el discurso político, del que es uno de los grandes maestros del idioma, si no el más grande. Muchos de sus discursos, se ve, estaban escritos, pero otros fueron recogidos al ser pronunciados, transcritos por sus fieles. Pero donde mejor se muestra el genio de Martí es, más que en sus versos, en sus artículos, en inglés y en español, publicados en Nueva York y en Buenos Aires, especialmente para *La Nación*, diario argentino que era entonces el más prestigioso de América hispana. Martí escribió páginas espléndidas sobre los héroes del folclore político americano. Su viñeta sobre la rendición de los confederados es un documento histórico, pero sobre todo es una pieza literaria: “El 9 de abril: En Appomatox, río estrecho; en el pueblo, cinco casas: un juzgado, un taller de carrero, una pulpería, una casa de ladrillos, una taberna; del pueblo al río, un terrenillo y en él un manzanar, que daba buena sombra; a un lado del camino, donde un negro tiene ahora una cabaña, descansaba Grant”, que es el retrato del general vencedor. Ahora llega el general vencido: “Venía el general Lee, despacio sobre un caballo rosillo, vestido de coronel confederado, a la cabeza de su Estado Mayor... Ya llevaba la bandera de los estados sin fortuna caída sobre su corazón”. Martí escribe también sobre ilustres visitantes, como Oscar Wilde, en una crónica magistral, relata: “Llegó un hombre joven y fornido... que tiene los ojos azules... y lleva corbata azul, sin ver que no está bien en las corbatas el color que está bien en los ojos. Son nuestros tiempos de corbata negra”.

¿Quién lo diría? ¡Martí preocupado por la moda masculina! Pero no hay que asombrarse. Este hombre habló de todo: de moda, de boxeo, de béisbol. Entre su inmensa diversidad aparece un artículo sorprendente aún en sus sorpresas, titulado *El gimnasio en la casa*. Dice Martí: “En estos tiempos de ansiedad de espíritu urge fortalecer el cuerpo”. ¿No es verdad que es inaudito?

Martí, como periodista, escribió de todo, hasta declararse amante de los animales y amigo de las sociedades protectoras de perros, gatos y caballos.



Sus crónicas *Escenas norteamericanas* relatan las vidas trágicas del Oeste, como la del bandido Jesse James, también cuenta la larga vida feliz de Buffalo Bill, que comienza con un amplio panel pop un siglo antes de que surgiera el pop art: “Buffalo Bill”, escribe, “se ve ahora escrito en colosales letras de colores, en todas las esquinas, cercados de madera, postes de anuncios y muchos muertos de Nueva York”.

Juicios literarios

¿Quién escribía así entonces? En esas crónicas hay juicios literarios tempranos sobre Walt Whitman y lo compara con Poe al decir de *Hojas de yerba*: “Es mucho más hermoso, extraño y profundo que *El cuervo*. El poeta trae al fétetro un gajo de lilas”. También hace el elogio de una novelista popular, Louisa May Alcott, la autora del clamoroso best seller *Mujercitas*, al que la noria del cine ha vuelto a poner de moda. Martí llegó a escribir para sus lectores suramericanos sobre cómo se hace un libro, desde la página escrita a mano hasta su reproducción por la imprenta y su impresión última, explicando todos los términos de la técnica del oficio. Martí escribió: “Dos patrias tengo yo, Cuba y la noche”. Pero en Estados Unidos estaba bien al día.

Su obra maestra absoluta quedó inconclusa como su vida y se vino a publicar después de muerto Martí. Belicistas y belicosos insisten en llamarlo *Diario de campaña*, pero en el espíritu de Martí y porque fue escrito en una campaña en que Martí finalmente nunca participó, prefiero llamarlo *Diario*. Comienza sucinto y seco pero con un dejo que no es otra cosa que americano y es una despedida al inicio de la gran despedida. Martí muere exactamente mes y medio después. La última entrada es del 17 de mayo, dos días antes de que Martí se hace matar. El martirio de Martí fue su exilio y su éxito. Su martirio fue una forma de fracaso, pero a la vez fue un triunfo. Nunca exiliado seguro en América perdió tanto con su destierro -perdió eso exactamente, su tierra- y ganó más al convertirse de oscuro aprendiz de panfletista (cuando lo deportaron de Cuba, sin haber cumplido los 20 años), en uno de los más grandes escritores de habla española y en nuestro primer prosista. Sin duda esa prosa densa la aprendió a escribir en su destierro académico de España y en su exilio profesional en Estados Unidos.

La vida de Martí consistió en tratar de recobrar toda su tierra: terminar su destierro y al mismo tiempo crear una Cuba libre porque le era imposible vivir bajo un régimen doblemente oneroso: totalitario y extranjero. Martí muere cuando recobra a Cuba. No cuando consigue su libertad, sino cuando termina su destierro y gana su tierra. Martí fue todo lo que puede ser un escritor profesional y mago: Corresponsal suramericano en Estados Unidos y columnista americano, escribiendo su espléndido español y su pobre inglés, y aun cuando escribía en español, por apremio económico, tenía a veces que convertirse en hack y hasta cometer ese pecado que es una virtud del periodista: hablar de lo que no sabe.

Pero no tengo la menor duda de que la escritura de Martí -con todos sus excesos, por todos sus excesos- es el aparato barroco, conceptista y elocuente más poderoso que ha producido la literatura en español desde Quevedo. Un trozo de prosa martiana no sólo es reconocible a simple vista y a sólo oído, sino que tiene la densidad mensurable de ciertos metales sólidos, como el platino, por ejemplo, y líquido como el mercurio, azogue que falta a su contemporáneo Sarmiento. Esta prosa es una expresión que se ha declarado propia del orador con poco tiempo. Es posible. No soy orador: ya lo habrán advertido ustedes. No sé cómo escriben los oradores -si es que escriben-. Pero la aparente simplicidad de su *Diario*, obra del guerrillero en la manigua con ningún tiempo, es igualmente densa y vibrante. No hay dudas de que en Martí tanto la complejidad evidente como la aparente simplicidad son buscadas. Son, además, producto de un oficio preciso y de una voluntad creadora ejemplar.

Toda su prosa tiene una urgencia contagiosa, aun cuando reseña una demorada exposición de cuadros impresionistas. Pero su *Diario de campaña* termina no con la nota abrupta del que va a morir, sino en una calmada descripción de la vida en el campamento mambi: "Asan plátanos y majan tasajo de vaca, con una piedra en el pilón para los recién venidos. Está muy turbia el agua crecida del Contramaestre y me trae Valentín un jarro hervido en dulce, con hojas de higo". Hay que señalar que ese Contramaestre es el río cerca del cual cayó Martí en Dos Ríos. Este párrafo final del *Diario* no creo que signifique mucho en la indagación de la escritura en el exilio -Martí se hace escritor fuera de su tierra, pero produce su obra maestra absoluta al regresar y recobrar su isla. Quiero anotarlo antes de olvidarlo. Martí, antes y ahora, es la personificación del escritor en el exilio, hecho escritor en el exilio, hecho grande en el exilio- y sin embargo su mejor libro, como se ve, su más perfecta prosa, su expresión más propia está escrita en Cuba. ¿Es que el exilio no es una situación geográfica o histórica, sino una tierra que el escritor lleva siempre consigo? Para Martí, Cuba debió ser una isla flotante, porque el *Diario* comienza en Montecristi,

en Santo Domingo y es en tierra dominicana que Martí produce una de las frases más bellas de la literatura española de los dos últimos siglos. Se trata de una muestra del arte del escritor formado en tierra extraña y que va de vuelta a su país con el afán exotista de los románticos hecho realidad inmediata. La súbita presencia antillana, tan próxima a Cuba y un nombre de mujer casi mítico, memorable, lo hacen anotar voluptuoso: "Abril 9. Lola, jolongo, llorando en su balcón. Nos embarcamos".

Entre el comienzo dominicano y su fin en Dos Ríos el escritor produce páginas de diario que son en realidad trozos de memorable, maestra literatura. Martí no pretende hacer gran literatura, es evidente, pero no puede evitarlo: según va a la muerte, la expedición guerrillera es su camino de perfección literaria. De ahí lo que escribió acerca del campamento insurrecto, sus tribulaciones y los mambises que marchan con él rumbo a la muerte o al triunfo: a una de esas dos libertades posibles.



Titulé una charla con el nombre de *El martirio de Martí* y se ve bien que tratando de huirle al lugar común caí en él. Todos los que, por razones políticas, se niegan a reconocer que Martí se suicidó en el campo de batalla, usan la palabra martirio, y no están errados. Había en Martí un ansia de inmoliación que era, en realidad, una voluntad de martirio. Esta necesidad de muerte no era nueva ni única. Al contrario, ya había sido expresada por muchos poetas a través de los siglos y varios poetas románticos escogieron la muerte, como Martí, mientras peleaban por la vida -es decir, por la libertad de un pedazo de tierra, propia o ajena-. Martí murió antes de entrar en combate propiamente, en una oscura escaramuza.

Martí estaba protegido por el jefe de las fuerzas revolucionarias cubanas, general Máximo Gómez. Apuntaba más lejos -de hecho a nosotros que vivimos a casi un siglo de su muerte, que creemos que la política suele ser el último refugio del pícaro y la primera vocación del vivo-. Sabemos que si no hay una historia de la política, siempre habrá una historia de la literatura. Un práctico explorador de los españoles, que era un mulato cubano, se acercó lo suficiente como para ver a los caídos y al reconocer a Martí exclamó: “¿Usted por aquí, Don Martí?”, ¡como si estuviera en un paseo habanero y viera a un viejo amigo!

De seguidas levantó su rifle Remington y remató a Martí, cuyo cadáver cayó en manos enemigas y fue registrado, expoliado y finalmente escamoteado hasta el cementerio de Santiago de Cuba por los españoles. Hay demasiados elementos extraños para creer en lo extraordinario. Lo ordinario es que Martí buscaba la muerte romántica en el campo de batalla y se apresuró a encontrarla en la primera escaramuza porque la esperaba hacía tiempo y desesperaba de estar vivo. Los cubanos lamentaron la desaparición de Martí.

Prosa poderosa

Martí murió en su martirio, pero si no debió de morir, sí debió de vivir y sin duda la única vida que queda ahora a Martí está en su prosa poderosa, en sus ensayos adelantados, y en sus artículos de prensa que son literatura imperecedera: todo lo que tocó lo convirtió en prosa pura. Es ésta la que hay que recordar no importa cuándo, que se acerquen a ella ojos humanos que saben leer español tendrán que admitir: “Pero, ¿por qué lamentar que Martí no debió de morir? Martí no ha muerto. ¡Ah!, está vivo en su prosa viva. Esa prosa es el hombre. José Martí es un hombre hecho de prosa”. Lean estos fragmentos de su prosa de campaña, parca pero lujurante como la vegetación del trópico, brillante como los machetes mambises, siempre incandescente como una luz que no cesa, como ese sol en el cielo de su isla recordada, de nuestra isla perdida. Martí llega a mejorar la historia y la geografía con su escritura, el artificio de la literatura es más creíble que la naturaleza. Sin duda, podrán ustedes apreciar su escritura, que ha atravesado el tiempo y las modas y los estilos. Muchos escritores de habla española escriben como Martí sin saberlo, otros tratan de copiarlo sin lograrlo. Todavía peor, su obra ha sido usada como bandera política en todas partes, en Cuba y en el exilio, antes y ahora, y aunque Martí fue muchas veces un escritor político, el tiempo ha demostrado que era eso: primero escritor, luego político y aun cuando su escritura es obviamente política, vibra con una trascendencia que nos hace creer que su autor, José Martí, apuntaba más lejos -de hecho a nosotros que vivimos a casi un siglo de su muerte, que creemos que la política suele ser el último refugio del pícaro y la primera vocación del vivo-. Sabemos que si no hay una historia de la política, siempre habrá una historia de la literatura. **B**

El pan de los muertos

(Labrador Ruiz)

Ismael González Castañer

Almelio está en el *Boulevard* y voy rápido a la esquina de FIN DE SIGLO, la ya antigua y hoy (como opinara Hemingway de Constantinopla ayer 18 Octubre 1922) pálida e inespandosa TIENDA POR DEPARTAMENTOS de Águila y San Rafael

Encuentro primero la mesa donde un Señor de piel negra, canoso y distinguido, vende ágilmente lindas cadenas finas:

Tal es la afluencia, a «La Habana», de mulatas/ “Criadas para blancos” dijo Fowler “Cantidades rosadas” diría (hasta) Lezama

Después, a lo largo de la acera y contra el rodapié de dos parcas vidrieras del FIN..., Rubén (hermano del novelista erótico Jorge Alberto Aguiar, y este, compadre de Almelio) extiende su mercadería: para/Médicos, *Science-Fictions*, por supuesto: Policiales, más Literatura “seria” en todas sus variantes que en definitiva son dos: Creación, y Crítica de la Creación; aunque para Cabrera Infante (como dijo Valéry) la verdad sea una sola: *écriture*

¿Sigue siendo válido para ti lo que escribiste en la página 16 de *Exorcismos de esti(l)lo* “Literatura es todo lo que se lea como tal”? Ahora acertaría la frase: Literatura es todo

Como quiera que Cabrera Infante no vive Aquí, no pienso discutir su “acortamiento” sino mostrar cuan mayor que la Imaginación es la Realidad... porque un viejo, blanco y su piel llenita de escamas rosas como úlceras pestilentes o putrefactas, acopia comida que el Barrio y Vendedores *out-side-r* (*fuera de juego* falta en balompié y *poemario* del problema de Padilla) “tiraron”, echaron al Latón de Basura... La náusea [novela de Sartre / cuento de Agostinho (pronuncie Agostiño(k) Neto] no me sobre-vino hasta ver cómo el viejo sacó una mala cuchara de aluminio y raspó con parsimonia todo el fondo tanquil: Una pasada Confitura de Coco que probó, gustó y enseguida raspó más para guardar-la en una «cajita» de cartón para *buffet* (gala palabra que significa armario/ fonda/ caja), de esas que usamos para el fiambre de las Fiestas de Quince y/o Bodas [las Bodas también se verifican en un *bufete*] Sin embargo, aún de 7ma. Categoría y muchas veces zurcida, la ropa que el viejo vestía estaba muy-muy-muy limpia, realmente lavada y planchada.

¡Y si le brindas un plato de comida recuerda Rubén quitándose restos de mi *nausée* se ofende y te lo deja ahí y uno de bobo, todavía, con el cubierto en la mano!

II

Entre las 3:00 y 6:00 pm (ésta, Hora de Recogida de la *Almelio's and Cía*, no de la Basura) conté 8-10 supervisores de carroña, y el 5to. (si sucio y raído como el culo de los perros del cuento de Charles Bukowski) se molestó porque no había ya nada en os Tanques, o, bueno, sólo “desperdicio” propiamente dicho.

Me disculpé por haber alcanzado mi vómito

algunos libros y ayudé a recoger-los:

“No se lee más”, comentó Antón, “de lo que en proporción comemos: la gente lee menos, compra alimentos todo el tiempo”

“Positivo”, asintió Rubén, que me parece miembro del Ejército de Salvación.

PABLO EN LA ESTERA

Eyife: el signo más “firme” de los cocos revela que el pollo fue aceptado por el santo que la *sangre* fue bien recibida en la piedra

Al otro día Catherine entregaría a Lauren nuestra Literatura, que necesitaba los retoques de última hora; pero como de cierta forma “Hacerse santo” razonaba Má “es volver a nacer” y un “recién nacido” conscientemente no auto-extiende sus manos, no podía-mos extender-le directamente los textos y otros documentos.

Para «respetar» las normas del culto al respecto, y a la vez despachar nuestro Asunto, procedimos:

Hincando mis rodillas en el piso, yo, “temeroso”, deslizaba las copias en la estera. “Pablitin” [le llama su madre a PdHv: Pablo demetrio Herrera veitia: poeta del *Temor a Dios*] las miraba, advertía alguna cosa, poníalas en la estera y yo, “temeroso”, recogíalas de allí, les anotaba el cambio y volvía con “temor” a deslizarlas en la estera. De nuevo, y así

Hasta cumplir “tres meses” y hacerse “el Ecbó” (lea el cuento “En el gran ecbó” de Cabrera Infante [tres años después recibirá el premio Cervantes de la Real Academia de la Lengua Española] en el volumen *Delito por bailar el chachachá* (Alfaguara, 1995) no podíamos tocarlo, estrechar sus manos o abrazarle / pobre Pablo: lo más que “los Santos” permitieron a Catherine y para eso porque **oracularon** “En todo lo que hacen y dicen se ve claramente lo mucho que se aman y quieren” fue dormir paralela a la dél en otra estera... hasta que TAXI: 4:00 am: al AEROPUERTO.

Pero valió la pena porque para un “neófito” como *yo no creo* que exista otra oportunidad de “conversación” ante 'Lraza: La Puerta primordial/ El Umbral primordial/ Querubín de la Puerta/ Guardián que empuña el Florete ardiente/ Dos *Basilisk*, o Sima, o Dos Cisnes/ El Tesoro/ El que aguarda por el corazón y no por el texto que lo invoca'; y porque no creo que Chúgar, Nenita o yo volvámos a experimentarlo comiendo unas Pizzas de Vegetales y Chorizo mirando la Serie *Play Off* de Pelota entre los 'Dos *Basiliscos*' del momento: Azul contra Naranja, ganada por nuestro Cielo: PdHv no pudo ver los 'ardientes floretes' combatiendo porque “renacia” en el otro cuarto y de acuerdo con «la norma» no podía apartarse de la estera [debió ser mágica, como *las mil y una* alfombras de Arabia]; ni tampoco, gustándole tanto (en el FAX enviado por Lauren ésta lamenta no poderle enviar por ESE medio Una: *Oh, if I could send you some pizza!*), pudo comer las Pizzas las Chorizo, no recuerdo por qué; y las Vegetales porque, **ecologista** al fin (Alessandra/ Garaicoa-Mae/ Carmen-Vic/ Caridad-Rito/ Chúgar y yo mismo: nunca olvidamos la comida que nos hizo completamente a base de vegetales y, no obstante, ¡sabía a cualquier tipo de carne! / Unicidad de la materia, del universo) eran para **Catherine. 8**

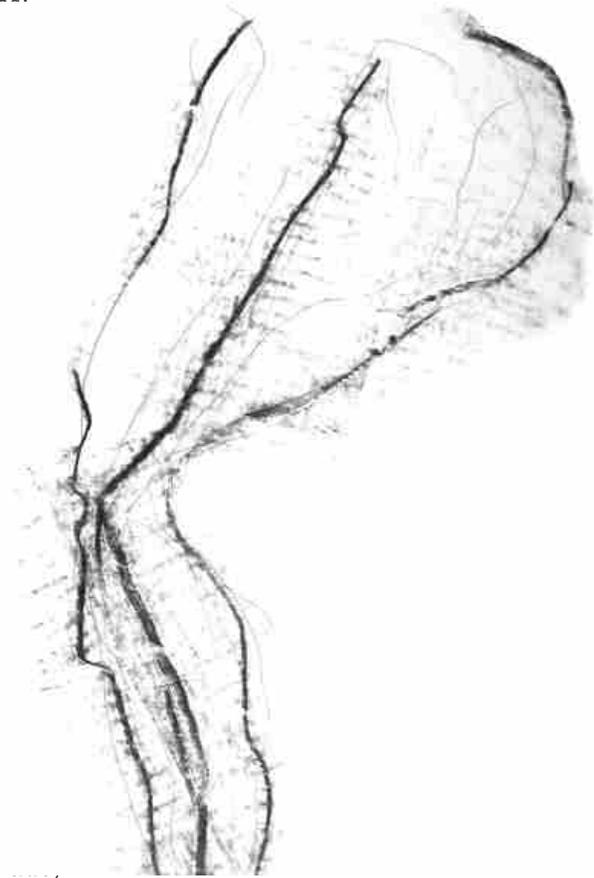
Intramuros

(fragmentos)

Ernesto Santana

Las piedras que dan cuerpo al muro del olvido

no tienen sombra: sustituyen un vacío,
se apoderan del espacio preciso de los agujeros
tienen un alma líquida y una apariencia sorda
Si en esta noche miras hacia atrás
verás sombras de sal petrificadas
que miran hacia ti aun que no te ven.
Sólo desean, en su yerta desesperación,
dejar de existir perpetuamente
para no volver a besar con desánimo la tierra
y no perder esa insólita ausencia de espesor.



Sigilosa república

No importa si al abrir tus ojos y tu cora
alguien marca a escondidas la puerta d
para que ya no seas uno más sino uno
Sabes que estar alerta es estar en pelig
que es arriesgado mostrar el pecho des
que se tornan lunáticas las danzas solares
y que, en fin, día tras día, cae Jerusalén.
La salvación parece un fuego oscuro,
parece ceniza, desolación, parece muerte.
No escogerás sino entre volar hacia el sol
o caer en la tierra, en el mar o en el viento.
Es como elegir entre perecer o perecer.
Han marcado la puerta del que aún osa velar,
del que confiesa su silencio y del que vive su palabra,
de quien sueña fuera de la ley y más allá del muro.

Nacimientos

Llevo al fondo del mar un puñado de tierra
y una perla profunda al turbión del asfalto.
No tengo fe en las puertas que gritan en el muro,
pues la caverna crece desde su oro escondido
hasta su órgano visible, que es el dragón.
Llevo un mar a la entraña más inerte del barro
y allí en su fondo arrojo una piedra de asfalto.
No tengo fe en las puertas nacidas en el muro,
que son muro también, de piedras invisibles.

La lluvia sólo trae causas perdidas

No habla nunca de encuentros venideros
aun si arrastra vestigios de mundos no nacidos.
Quien escucha llover escucha voces que pasaron
y asume así, del abismo futuro, otros silencios.
No existe el hoy mientras la lluvia cae,
duradera, acompasada, llevándonos
del sueño de las horas a un jamás despierto
que nos dice que las naves que quemamos
son finalmente las únicas naves posibles.

Nínive

Tengo que alcanzar el arrabal de la ciudad que me habita.
No debo aguardar que esa invasión de moradores,
muertos en los sótanos o gastados de anhelar otro día,
llegue a conquistar mi corazón con su pesadumbre.
Tengo que asaltar el muro que circunda mi ciudad
para saber si hay ciudades que devoran a sus soñadores
y caen sólo cuando acaban con el último ensueño.



Se trata de perder

Ormany Rodríguez Blanco

Una nueva edición de *El oficio de perder*, el libro de memorias del poeta cubano Lorenzo García Vega, ha sido puesta en circulación en Sevilla, España, por la editorial Espuela de Plata. Apenas un mes antes había sido editado en México por la Universidad Autónoma de Puebla.

Varios volúmenes de poesía, ensayo y narrativa muestra el catálogo de García Vega. Sin embargo, de solo dos de ellos hemos oído hablar en Cuba, sobre todo al aproximarnos a las páginas escritas en torno a la historia y la exégesis del grupo Orígenes: *Suite para la espera* (poesía, 1948) y *Espirales del cuje* (prosa, 1951). En buena medida, para los que no pueden estar al tanto de lo que acontece en el exterior con respecto a la evolución de autores como García Vega, las líneas que le dedicara en su momento Cintio Vitier siguen siendo el único norte referencial posible.

“Tan intensa como la fijación de Eliseo Diego en lo criollo, es la de Lorenzo García Vega en lo cubano”, escribió Vitier en *Lo cubano en la poesía*. Poemas de García Vega fueron incluidos por el propio Vitier en la antología *Diez poetas cubanos* (1948), junto con José Lezama Lima, Gastón Baquero, Eliseo Diego y Ángel Gaztelu.

Lo curioso no es solo que toda huella de García Vega haya sido meticulosamente borrada de ese pesado fardo para escolares nada discolos llamado *Diccionario de Literatura Cubana* (1980), ni que de sus libros posteriores no tengamos apenas seña, sino que en el

tomo II de la *Historia de la literatura cubana* (2004), su nombre aparece ninguneado en un escueto párrafo que da cuenta de esos dos primeros libros y los elogios de Vitier.

Al ir un poco más allá de las fronteras marítimas --y de su excelente prólogo a la edición cubana del *Diario de navegación de Cristóbal Colón* (Comisión Cubana de la

UNESCO, 1961)--, encontramos

que García Vega es el autor de al menos otros ocho volúmenes, a saber: *Cetrería del títere* (1960), *Rostros del reverso* (1974), *Los años de Orígenes* (1979), *Poemas para penúltima vez* (1991), *Variaciones a como veredicto para un sol de otras dudas* (1993), *Collages de un notario* (1993), *Espacios para lo huyuyo* (1993), *Vilis* (1998) y *Palíndromo en otra cerradura* (1999), hasta llegar a las dos ediciones de sus memorias. De algunos de ellos el propio García Vega reniega.

La nueva edición de *El oficio de perder* cuenta con texto introductorio del poeta y ensayista cubano Antonio José Ponte. Al trazar el itinerario vital de García Vega, Ponte refiere que el poeta inició en los sesenta un largo periplo que lo llevaría a habitar Madrid, luego Caracas, posteriormente Nueva York y finalmente Miami. El prologuista explica además que en el libro no se incluye “lo que pudiera ser el mayor suceso en la vida de su autor” al haber suprimido lo escrito sobre José Lezama Lima, “menos por censura que por cansancio”.

Lorenzo García Vega nació en Jagüey Grande, Matanzas, en 1926. Reside actualmente en Miami. Recibió el Premio Nacional de Literatura, en Cuba, en 1952. Perteneció al grupo gestor de la revista *Orígenes*, donde publicó sus primeros textos. Entre 1994 y 1995, dirigió la revista *Ujule* en Estados Unidos. ■



Virtual

Luis Felipe Rojas Rosabal



El televisor ha parpadeado dos o tres veces y sin embargo las imágenes son más nítidas que al principio. Estoy viendo estas escenas y no lo quiero creer. Yo misma en la televisión nacional, en un programa de altísima demanda. El hombrecito de espejuelos está explicándoles a los telespectadores las

iniciales del suceso. Se da vuelta y la cámara ensaya una *panorámica* digna de Jean Luc Godard en el documental de los Rollins. Ahora han hecho un corte preciso y certero, no sé cómo se las ingeniaron, pero estoy tendida como un animal muerto. El camarógrafo me acerca el foco y descubre los surcos de sangre reseca sobre el rostro. Tengo un ojo sanguinolento. Ahora describe todo el cuerpo, atrapándome entre la luz y el obturador de la cámara. El hecho de estar sentada en esta cómoda butaca no significa que no sufra alguna vez el horror de las imágenes. Mi rostro se queda en primer plano y me atrevo a identificar cada herida que va saliendo a través de la pantalla. Recuerdo ese cordón sobre la frente, me lo hicieron al tercer día de estar encerrada, le escupí la cara al más joven de los guardias. La cámara detiene el movimiento y una mano enfundada en un guante de goma color beige le da vuelta a mi cabeza. Es asombroso. Soy yo misma. Me reconozco por la forma de la trenza, al peinarme me la había dibujado sobre el cráneo. La mano enguantada separa los mechones de pelo y deja al descubierto las contusiones más visibles. La cámara sube despacio y el hombrecito tiene cara de consternación, se ajusta la corbata y da muestras de estar indignado *ante hechos tan repugnantes como estos*, dice.

La pantalla da un flashazo y se queda en negro, (por lo menos deben admitirlo) son unos sensacionalistas sin recato. El televisor empieza a iluminarse gradualmente para dar paso a un cartel. Sube desde el borde inferior, junto a él aparece la vocecita aflautada del reportero. Les está rogando a la ciudadanía *que no desesperen, la justicia hará su parte en un país civilizado como este, un hecho así no lo dejaríamos impune*, argumenta.

El cuerpo de la joven lo dejaron a un lado de la carretera, en dirección a la playa norte. A su lado había una bolsa de cuero con fotos de alguien que debe ser el padre (no hay dudas que soy yo esa muchacha), y un peine, un cepillo dental y un espejo pequeño. **En las próximas horas informaremos con nuevos detalles sobre este horrendo crimen.** El cartel se ha ido de cuadro para dar paso a la figura infame del que parece más un animador de programas sabatinos que un reportero de noticias, aunque en estos tiempos ambos poseen una desvergonzada semejanza. En un plano general los periodistas están cerca de los autos de patrulla. No se escuchan las voces, han puesto una música a rodar para indicar movimiento. El sector derecho de la carretera está poblado de figuras azules. Un enjambre de gentes viene y va de un lado a otro llevando camillas sobre las que han puesto sábanas blancas o verdes, indistintamente. Otra vez aparece la cámara. Se mueve con astucia, se regodea en los hilillos de sangre que aparecen y se esfuman como si hubieran sido hechos con un atomizador. El cameraman se da gusto haciendo planos-detalle que hoy le darían la máxima calificación en la escuela donde aprendió Fotografía. Se acerca a la camilla y los espectadores, al igual que yo, deben estar imaginando el cuerpo que está debajo de esa sábana blanca. Otra vez la mano enguantada entra a cuadro (desde la derecha) y destapa a la víctima que soy en la Televisión Nacional.

Tengo las trenzas medio deshechas y aquí es lo que yo digo de los detalles del camarógrafo, ahora sí el tipo más hijo de puta del mundo: ha pasado tan de prisa por las sanguinolencias del rostro, y es increíble cómo deja el foco sobre el collar que llevo. En realidad es un fragmento del collar, una simple ensarta de piezas de madera que me regalara una amiga años atrás y ahora llevo pegado al cuello. Los hombres, de dos en dos, van en fila, camilla contra camilla, pero tienen que hacer la cola pues no todos van a subir a los camiones a la vez. Mientras esperan, el lente del artefacto digital se detiene en una de las amortajadas y una mano cualquiera (ahora entra por la izquierda) levanta la sábana verde y también soy yo. Describe el cuerpo, tropieza y se tambalea y un sonidista entra cámara, pero el fotógrafo se ha repuesto y encuadra la escalerilla de uno de los camiones. Hace un corte directo y ya aparecen las botas subiendo. Otra vez con los grandísimos primeros planos: una bota, una mano que se aferra a la empuñadura de la camilla, el rostro de un policía con una marcialidad traída de Marte o de un campo de entrenamiento nazi. Otra serie de planos enormes: mis labios resecaos y cuarteados por el frío o el sol, el mentón carcomido por los bichos (con música de fondo), mis jeans estrallados en las entrepiernas y un número de planos relámpagos que me pierdo por mi escasa memoria fotográfica. La cámara va en movimiento hacia un camión donde hay varios cadáveres apilonados en el piso. Varias muchachas con el rostro mío, todas llevan la misma ropa. A ver si me explico: todas ellas, reproducidas a imagen mía, tienen alguna diferencia. Esto lo descubro junto con la cámara: en una tengo la cara intacta, pero la blusa raída y un seno afuera, desguazado por una garra de cuatro o cinco surcos. La muchacha-yo que está al final, junto al banco del fondo, está sin piernas y con un brazo astillado de tal manera que no puedo soportarlo más. Apago el aparato y me voy al baño, descorro la cortina y la ducha descarga toda la presión sobre mi cabeza, cierro la llave y me tiro la toalla encima.

Después de haberme tomado dos cervezas he decidido poner otra vez la televisión. Son unos descarados, de cualquier árbol hacen leña. Han pasado las transmisiones hacia un estudio, y un panel de periodistas

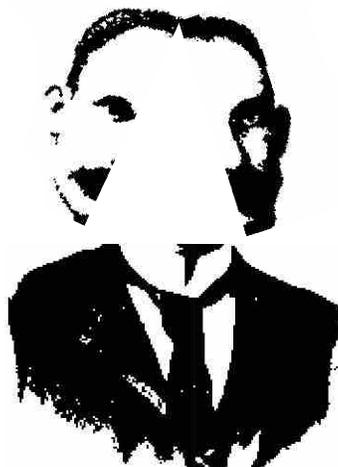
o especialistas (ya lo volverán a decir) está debatiendo el tema. La señora que habla es una genetista, dice el cartel que está debajo. Usa una andanada de términos para dirigirse a la reproducción indiscriminada de mi cuerpo y persona. Empezó hablando de los genes, la clonación y otras cosas, pero no le atiendo más...

Por lo pronto dejaré el televisor encendido, así sólo tengo que levantar la cabeza cuando se acabe la conferencia, pero qué digo cuando se acabe si esto es un aquelarre que no lo entiende nadie. La misma cámara indiscreta (es la misma) está describiendo el Estudio, ha dejado a la Doctora en Genética y se vuelve sobre la figura del mismo reportero de hace un rato. Está mostrando un edificio y (señala de perfil hacia la entrada) nos invita a los televidentes a seguirlo. La policía da visos de una eficacia inusitada, pero no es hora de discutir estas cuestiones, al fin y al cabo son un mero pretexto televisivo. Subimos al tercer piso. Hay una muchacha derrumbada bocabajo, rodeada por dos policías y un médico. Todavía no me explico cómo pueden estar pasando esto por la televisión nacional. Si por lo menos fuera un sueño... Mejor me tomo otra cerveza y sigo en lo que están todos: la muchacha que estaba en la escalera, no está muerta. La tienden en una poltrona azul y a penas mueve los labios, se sabe que quiere decir algo, pero no funcionan las preguntas estúpidas del reportero, es un cotorrón de marca mayor. En esa charla piroláutica las imágenes se detienen y dan paso a otro set al aire libre donde está el mismo locutor. Se ve muy agotado. La cámara se acerca. Es la locura mayor. El periodista está herido, viene manando sangre de los labios y los guardias huyen en direcciones diferentes. El fotógrafo hace girar su equipo ciento ochenta grados y mi asombro no da más, las muchachas de los camiones se han puesto de pie y se alejan tomando el rumbo de la manigua. Una de ellas regresa y posa frente a la cámara, habla, pero no la escuchamos. Noto la sacudida al equipo, seguramente le ha dado un golpe para restablecerle la salida de audio. En esta operación ella (yo) se marcha. En la transmisión hay un corte y el pase es al panel, pero también estoy hablando, me detesto así.

Hay dos panelistas amarrados a una silla, como lo hicieron conmigo, y las muchachas conversan diáfananamente, sin percatarse del cameraman y el equipo de filmación. La luz del Estudio parpadea hasta perderse definitivamente. El próximo corte es hacia el descampado donde estaba el reportero que está guiando el caso. Con morbo y todo una se enamora de ciertas imágenes, la que sigue es un ejemplo claro. En la parte superior de la pantalla han enmarcado unos pequeños recuadros donde aparecen niños con uniformes escolares. Protestan por lo sucedido. No sabré explicarme bien, pero le veo su parte de candor, y eso no tiene discusión. Los niños se desvanecen una y otra vez y aparecen en pantalla hasta perderse en un sepia como en los documentales alemanes. En el estudio los panelistas continúan amarrados y las modelos comienzan a desvestirlos, para demostrar que la fiesta del cuerpo no es exclusiva de los seguidores de Sade, lo hacen contoneando las nalgas hacia la cámara. Es raro, el cameraman se queda así, sin pretensiones de apuntar con un plano distinto al de las Baby's, canilludas y tetonas. No me preocupa tanto, seguro lo va a enmendar en los planos subsiguientes. Así mismo es, ahora repasa las paredes del local donde (colmo y pasmo) están los cuadros que colgaban en mi casa. Entre una cosa y la otra compruebo el interés del reportero y su equipo técnico, algo con tinte rayano en la persecución. Las muchachas del Estudio han desaparecido como los demás personajes del reportaje. Los camilleros, los policías, las personas comunes y corrientes que han husmeado ante un hecho como el que les narro. En fotogramas fijos que vienen y van de un lado al otro y de menor a mayor, del centro del televisor a mis pupilas, ha pasado toda esa gente que en un momento fue el centro del reportaje y me han dejado sola. Ahora aparecen los planos cortos otra vez: mis tarecos, mi secador de pelo, las ropas tiradas sobre los trípodes que no quisieron utilizar, también mis libros, cuadros, ropas de cama, en fin, mi casa en el Estudio. Es para tirarse de los pelos. El cameraman hace un pase al lunetario interior: unas cincuenta personas dispuestas para servirse del espectáculo. Por ello decido apagar el maldito aparato, pero el mando a distancia no funciona e intento desconectarlo, mas no puedo ponerme en

pie. Dos manazas me lo impiden. Estoy clavada en la poltrona. No puedo mirar a los lados y describir quiénes están metidos en mi habitación. Sólo sé que estamos todos de vuelta en el Estudio.

El cameraman enfoca hacia mí y, a pesar de identificar el salón de grabaciones, siento que también estoy en mi casa. Los planos medios que está ensayando apuntan a los guardas que antes llevaron a las muchachas-yo desde el lugar de la matanza hasta los camiones, con la diferencia que ahora entran en la casa, revisan cuanto hay y lo echan abajo: en los cuartos, la terraza, el baño. En este punto del reportaje el público ríe hasta desternillarse, al cameraman le dio por enfocar una tendedera donde están mis blúmer's deshilachados. Lo hace plano a plano, como por magia de edición, como lo hace con el rostro de cada uno de los policías. Los ha hecho desfilar delante de su artefacto digital. Así pasa a otros planos donde identifica a las manos que me sostienen y me trasladan *a un lugar que te va a gustar muchísimo*, me dicen en tanto doy las rabetas que puedo antes de que me levanten en peso. Lo veo en la pantalla, igual a las caras del lunetario, como si hubieran venido a un circo o una feria. Forcejeo bastante hasta sentir la voz de: ¡ACCION! detrás de mí y me hundo en la poltrona azul de la muchacha-yo. Me hundo. Cierro los ojos. Ya no soporto más esas luces sobre mí y la cámara otra vez, haciendo cuanto quiere con mi cara de estropajo. ■



Escapar de las emociones

Entrevista con Caridad Atencio

Luis Felipe Rojas y Michael H. Miranda

Difícilmente su nombre no aparezca citado entre las voces más interesantes y distintivas de la poesía contemporánea cubana. Es raro que algunas páginas de los recientes muestrarios de nuestra literatura no estén ocupadas por sus poemas. También su indagador trabajo ensayístico en torno a algunas zonas de la obra martiana ha llamado la atención de lectores que parecían condenados a ver cómo se reciclaban periódicamente enfoques y pretextos para abordar al autor de los Versos sencillos.

No puede ser de otra manera. Caridad Atencio, nacida en La Habana en 1963, ciudad donde aun reside, es dueña de un singular quehacer intelectual. Estudió Filología en la Universidad capitalina y ha publicado los libros Los poemas desnudos, Los viles aislamientos, Umbrias, Salinas para el potro y La sucesión, además de obtener el Premio de poesía de La Gaceta de Cuba 2005. Actualmente es investigadora del Centro de Estudios Martianos.

- Si nos atenemos a ciertos rigores generacionales, debiste comenzar a publicar en los 80, ya que naciste en 1963. Sin embargo, tu primer cuaderno, *Los poemas desnudos*, aparece en 1995. ¿A qué se debió que tus libros llegaran a las editoriales un poco más tarde que otros miembros de tu generación?

Tengo una vecina que dice que no hay mal que por bien no venga, ni bien que no traiga nuevos males. En propiedad, mi primer libro, *Salinas para el potro*, lo escribí entre 1990 y 1991 y no vino a salir hasta el 2001. Cuando lo terminé se había caído el muro de Berlín y comenzábamos el llamado Período Especial. No había papel y estuvo dando vueltas por Abril y Extramuros 10 años. Seguí escribiendo otras cosas que pude madurar gracias a esta vicisitud. En 1996 publiqué mi primer libro, *Los viles aislamientos*, que en realidad era el tercero que escribí, por Pinos Nuevos y con la edad de Cristo. Fue buena la demora no sólo para mí, sino para el discurso crítico sobre mis libros que se ha reorganizado en modos diferentes y con una base no cronológica.

-A propósito de ello, ¿cuán largo, accidentado o tortuoso puede ser el camino que va desde comenzar a escribir hasta la letra impresa?

Siempre hacer la historia te salva, te bautiza. Te decía que en 1991 comencé a sentir que ya podía dar a las prensas lo que escribía y decidí entregar algunos poemas a *El Caimán Barbudo*. Fatalmente llegué allí el día de su cierre y regresé con los textos, los ensobré y envié a la revista *Plural*, de México, donde trabajaba un amigo uruguayo al que había conocido en un evento literario en Cuba. Como sabes, soy investigadora auxiliar del Centro de Estudios Martianos, pero esto también tuvo una larga historia. Cuando me gradué de la especialidad de Letras en la

Universidad de La Habana me ubicaron en la Dirección de Cuadros del Ministerio de Cultura en una plantilla especial transitoria. Siempre dije que me gustaría trabajar en algo relacionado con mi especialidad y así tratando de no errar y a la vez dando tumbos, después de haber pasado por el Centro Juan Marinello, me ubican en el Centro de Estudios Martianos, aún formando parte de esta plantilla. Para no cansarte tuve que someterme a un examen de oposición para dos plazas de aspirante a investigador con cuatro compañeros más. El día del examen en la recepción me esperaba un sobre. Cuando lo abrí vi un número de la revista *Plural* dedicada a Cuba. Allí estaban publicados mis poemas con otros de gente ya famosa. Para mí fue una gran sorpresa y un impulso grandísimo: imagínate que a este examen había que llevar copias de las publicaciones que uno tenía. Entré a la prueba con mis documentos y mi revista y me comí el mundo.

-Asumiendo que estás informada o al corriente de las principales tendencias de la literatura cubana contemporánea, en especial de la poesía. ¿Prefieres o privilegias alguna de esas tendencias por encima de otras? ¿Le negarías derecho de ciudad a alguna?

Trato de nutrirme de la buena literatura, venga de donde venga. Esto parece subjetivo, pero no lo es. Espero que no confundas tendencias con poéticas.

-Un desprendimiento de la pregunta anterior: ¿Todas las tendencias de la poesía cubana actual hallan igual acomodo dentro de los mecanismos legitimadores de nuestra literatura? ¿Mantienes algunas reservas sobre esos mecanismos, por ejemplo la proliferación de concursos mal jerarquizados o las facilidades para publicar?

Desgraciadamente todos, los noveles y los consagrados tenemos que salir por la misma puerta. Y si quieren un ejemplo, salvando de algún modo las distancias, ahí tienen el caso de Louise Bourgeois. La literatura, según dijo Jorge Luis Borges, no es una carrera de caballos. Ser tu propio censor y tu propio promotor. No cansarte nunca y desplegar una energía igual al amor que sientes por la poesía.

-Eres una de las más destacadas estudiosas de la obra martiana. ¿Cuánto de agotamiento padecen hoy esos estudios en nuestra literatura ensayística? ¿Es inagotable el caudal martiano?

Los agotados son los ensayistas o investigadores. Los temas y los problemas son infinitos. Se debe investigar para hallar algo nuevo. Sé que se vegeta mucho. Sé que en el caso de Martí hay una saturación del lector, que quizá ha tenido que vérselas con acercamientos manidos, pero esto no debe llevar, por ejemplo, a un jurado o a una editorial a subestimar, a decir: está bien escrito, pero es de Martí. Se debe primero verificar la naturaleza y novedad de los acercamientos. Por otra parte Martí es canon y mito de la cubanidad, así que los acercamientos serán constantes, a veces con más jugo y talento que otras.

-Decía Henri Michaux que el pensamiento antes de ser obra es trayecto. ¿Cuánta cerebralidad hay en tu poesía? ¿Es la condición analítica la que debe prevalecer en la escritura poética, lejos de esos pretendidos estados románticos del ser o el espíritu, o la tan llevada y traída "comunicabilidad", o incluso la necesaria "ingenuidad" del poeta de la que habló Char una vez?

Parece una pregunta para los críticos, pero les daré mi versión. La reflexión es algo inseparable del discurso poético. Escrutar cada ser, cada acto es forma de aproximarme. No te puedo dar normas de lo que debe y no debe ser en poesía. No soy censor, soy poeta. En la difícil tarea de conformar un estilo he tratado de hibridar conceptos, pasiones, habilidades y reconocer una buena parte de las verdades destructivas del ser humano, aquello que decía Seamus Heaney. Esto lleva la vida entera, es como darse contra un muro hasta que la verdad te obedece, ya lo dijo un poeta.

-Por último, ¿crees que es dable apelar a la posibilidad de un lector cómplice (así pide una editora de tus libros) como modo de completar el acto tan íntimo, singular y solitario de escribir?

Sus preguntas provocadoras quizá solo sean saciadas con algunos tramos de experiencia

libresca. Esta última inquietud y la otra sobre la cerebralidad de la poesía me permiten recordarles que la misión del poeta en nuestra época es "develar la verdadera complejidad del mundo", el poeta ya no es héroe, ni vidente. Por esto la poesía se vuelve "difícil" e incorpora a su caudal un fuerte elemento de racionalismo escéptico, como ha dicho Juan José Dávila. Recuerden que la poesía no consiste en dar rienda suelta a las emociones, como dijo Eliot, sino en escapar de ellas, no es la expresión de una personalidad, sino el escapar de una personalidad. Escribir desgarrado y con todas las esperanzas que merece el conocimiento. 



mensajería- mensajería- mensajería- mensajería-mensajería-

De: jorge jorge
Fecha: martes, 24 de mayo 2005 14:10
Para: cimarrón 71
Asunto: amanecer en Madrid

Recibido. recuerda que aquí estoy. (...) métele fuerte a tu literatura y a la revista, que lo otro esté cuando más, en un segundo plano. adelante con el revistón... que Cacharros empezó así como un sueño que parecía irrealizable... aquí estoy para apoyarlos en todo lo que pueda. jorgito, mil abrazos, bróder.

De: (...)
Fecha: miércoles, 01 de junio de 2005 12:03
Para: cimarrón 71
Asunto: pretensiones para el día de san juan

My dear Felipón:

Me han llamado para que movilizara a todos los futuros miembros de la *UNECA* y los urgiera a presentar su solicitud ahora, porque en junio (...) se llevará para La Habana los papeles (no sé si a principios o a finales, por lo que habrá que hacerlo rápido). (...) le había dicho a (...) que llevara mis cosas pero fue tan peloteado que nos aburrimos y nos habíamos dejado de eso. Ahora (...) vuelve a la carga y me convence de que vale la pena, así que embullaos, tanto tú como el Chama (a quien envío casi el mismo mensaje) ya que, como dije a alguien, tiene más *glamour* que a uno lo boten después de haber entrado que permanecer en el anonimato, como le pasó a cierto conocido nuestro.

Después de mucho preguntar, parece que se necesita lo siguiente:

1. Una cartica de solicitud de entrada, firmada por ti. Una autobiografía pequeña (2 ó 3 páginas) con copia.
3. Un curriculum literario, (premios, publicaciones, eventos, talleres, presentaciones, referencias críticas sobre la obra, etc) con copia.
4. Los datos de contacto (dirección, e-mail, teléfono, No. identidad, etc) con copia.
4. Tres fotos tipo carnet.
5. Un ejemplar de cada libro publicado (NO valen las antologías)...



Libertad. Ala de la industria

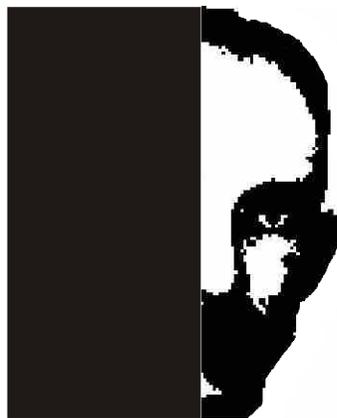
José Martí Pérez

El pensamiento liberal cubano tuvo en Martí un faro, una de esas guías que perduran por la eficacia de su luz. Un reordenamiento en la economía norteamericana reclamaba este hombre que sentía las calles de Tampa y New York como las suyas de La Habana colonial.



in aire, la tierra muere. Sin libertad, como sin aire propio y esencial, nada vive. El pensamiento mismo, tan infatigable y expansivo, sin libertad se recoge afligido, como alma de una niña pura a la mirada de un deseador de oficio: o se pone albayalde y colorete, como un titiritero, y danza en el circo, entre el befador aplauso de la gente. Como el hueso al cuerpo humano, y el eje a una rueda, y el ala a un pájaro, y el aire al ala, así es la libertad la esencia de la vida. Cuanto sin ella se hace es imperfecto, mientras en mayor grado se la goce, con más flor y más fruto se la vive. Es la condición ineludible de toda obra útil. Esto, que en todo es cierto, ¿cómo no ha de serlo en el comercio y en la industria? Declamar es echar gas al aire. Nada enseña tanto, ni prueba mejor, que un caso concreto. Se han vendido en estos días en remate en Nueva York los géneros de algodón sobrante de la estación anual de consumo, por valor de cuatro millones de pesos. Y se han vendido a precio de ruina, a un veinticinco, a veces a un cincuenta por ciento menos que los precios de fábrica. ¿Cómo? Se preguntan todos con asombro. ¿Están averiados los géneros? ¿O son de pobre condición? ¿O están fuera de moda? ¿O hay alguna causa financiera extraordinaria, algún pánico en el ramo, que explique la venta? Nada hay extraordinario: es la situación anormal en que el mantenimiento de la tarifa proteccionista mantiene a las industrias del país.

¿De qué sirve a las inmensas fábricas su capacidad de manufacturar maravillosa suma de géneros? ¿A dónde los envía luego, luego que está satisfecho el consumo interior, único en que los productos nacionales pueden luchar, por lo alto de los derechos de importación de los artículos extranjeros, con los géneros rivales? ¿Qué hacen los fabricantes con los productos que sobran, que el país ya provisto no necesita, y que no puede enviar afuera? ¿A qué mercado podrán ir a competir los productos norteamericanos caros, hechos con materia prima importada bajo fuertes derechos, y con maquinaria cara, por grabar la tarifa a la entrada en el país el hierro con que se construye, y con salarios caros, por haber de serlo, para que el trabajador pueda afrontar la general alza de precio en que por natural consecuencia, se mantiene todo en un país proteccionista; a qué mercado podrán ir a competir estos productos, con los elaborados en países donde ni la materia prima paga tan exorbitantes derechos, ni el hierro en que se hacen las máquinas padece tan recios gravámenes, ni los salarios, por la baratez general de los artículos de consumo, montan a tanto?



No pueden ir a competir los productos de un país que mantiene la tarifa alta, con los de países que la han rebajado, y reducido, a la suma necesaria para pagar los gastos nacionales, a prorrata con los demás ingresos. El sobrante, pues, de los artículos de fabricación nacional tiene que imponerse al consumo interior. Pero como éste necesita menos de lo que en el interior se produce, él es el que se impone a los productos, que se ven forzados a tentar con una ruinosa baratura en los precios a un mercado que no necesita lo que le ofrecen ni puede colocarlo al detalle a precios normales.

De ahí esa venta enorme de géneros de algodón por cuatro millones de pesos. Cuanto entra en la fabricación de géneros de algodón, paga derechos altísimos: se repletan las fábricas de productos invendibles: se queda irremediamente el obrero sin obra, por cerrarse el mercado a sus productos.



Si pudieran entrar libres de derechos, o con derechos legítimamente fiscales, los elementos de la producción, esta podría hacerse de manera que, constando en la nación misma menos, lo cual para el obrero equivale a un aumento en el salario, pudiera luego ir a rivalizar con los productos similares en mercados extranjeros, lo cual significa para el obrero ocupación constante. A nadie daña tanto el sistema proteccionista como a los trabajadores.

La protección ahoga la industria, hincha los talleres de productos inútiles, altera y descalabra las leyes del comercio, amenaza con una tremenda crisis de hambre y de ira, a los países en que se mantiene.

Sólo la libertad trae consigo la paz y la riqueza. **B**

Publicado en *La América*, New York, septiembre de 1883.



Permanencia del espía y del fantasma

Antonio José Ponte

En 1937, en el prólogo a una compilación de sus cuentos fantásticos, Edith Wharton proclamó la poca vida literaria que quedaba a los fantasmas. Wharton dedicaba sus historias a Walter de la Mare con el desconsuelo de ser los últimos seres en el mundo con imaginación suficiente para creer en las apariciones. Teorizaba allí: “Es en la tibia oscuridad del

fluido prenatal, muy por debajo de nuestra razón consciente, en donde se aloja la facultad con que captamos los aspectos que tal vez no estamos capacitados para ver”. (Marina Tsvietáieva había escrito: “Un fantasma, es decir, la condescendencia más grande del alma con los ojos, con nuestra sed de realidad”.)

Para la Wharton eran otros los personajes que por esa época captaban la atención de los consumidores de literatura -“el gángster, el introvertido y el borracho habitual”- y reinaban, para colmo de competencia, el cine y la radio.

Que una caja fuera capaz de llenar de orquestas incorpóreas una habitación o que una pared cobrara vida hasta el punto de ocurrir episodios en ella, usurpaba el asombro reservado a criaturas sobrenaturales. Lo usurpaba hasta banalizarlo. ¿Qué respeto podía aguardar a una aparición allí donde tropezara con un radio o un teléfono? Apostados como rompehuelgas de lo fantasmagórico, se alzaban los nuevos aparatos. A juicio de Osbert Sitwell los fantasmas se habían marchado con la llegada de la electricidad. Cultivador (con felicidad distinta) de otra clase de historias, ciertos cambios históricos hicieron que John Le Carré llegara también a interrogarse acerca del futuro de su trabajo literario.

Al caer el Muro de Berlín desaparecía la mejor de las oportunidades para una gran conflagración, y hasta entonces la especialidad de los agentes secretos de novela había consistido en evitar esa conflagración o en volverla, ya que no imposible, favorable.

La carrera de éxitos de Le Carré se había iniciado alrededor del muro berlinés. Ciertamente que la construcción del Muro constituía el símbolo más repugnante de un fracaso político, pero él andaba a la búsqueda de tema para su libro y vino a encontrarlo en aquel panorama de frontera. (“Los escritores no somos más que unos oportunistas”, aceptaría después.) Así que escribió de madrugada, a la hora de su almuerzo, en el transbordador que viajaba entre Koningswinter y Bad Godesberg. Apenas alcanzaba a robar tiempo a su trabajo en la embajada británica se hundía en la escritura de esa primera novela. Y cenas y cócteles le servían de reposo y de estímulo, pues en ellos no se hablaba de otra cosa que no fuese el Muro y cuánto sucedía a ambos lados. Luego Graham Greene afirmó que *El espía que vino del frío* era la mejor historia de espionaje conocida por él, y sucesivas incursiones en los parajes de la Guerra Fría convirtieron a John Le Carré en el más reconocido cultivador de esa literatura. Cada título suyo era un éxito (aunque no lo fue el segundo), y las tramas de sus novelas parecían palpitantes debido a que en Berlín, como ex-libris del autor, se hallaba en pie aquella construcción de frontera, carcelaria. Hasta que, pocos años antes de la demolición del Muro, el olfato político o el cansancio retórico hizo a Le Carré concluir allí un ciclo de sus obras y enviar por última vez a George Smiley a Berlín. En el tercer volumen de la *Karla Trilogy* la misión de Smiley terminaba al pie del Muro, en un encuentro con el espía soviético que durante casi treinta años fuera su enemigo principal. Ambos daban por concluida la partida, aunque Smiley no pareciera convencido de salir ganador.

La crítica, sin embargo, no reparó en ese adiós de Le Carré a paisajes y móviles de la Guerra Fría, y en plena euforia por la caída del Muro decidió extender obituario a su labor novelística. Avanzó más allá incluso, hasta declarar extinguida la novela de espionaje. Al parecer, los espías de novela corrían la misma suerte de los caballeros andantes. El fin de la guerra contra el comunismo equivalía al fin de las órdenes de caballería.

A causa de sus ínfulas apocalípticas se habían vuelto insufribles para el lector los enredos de los servicios de inteligencia. En caso de continuar con vida, la novela de espionaje compartiría destino con la novela histórica. La lucha por el secreto nuclear iba a interesar a la misma clase de lector a la que desvelaban las intrigas en torno al Collar de la Reina.

Para muchos historiadores y politólogos el fin del comunismo acarrea sin sentido histórico. Y de igual modo que antes se había oído acerca de la muerte de Dios podía escucharse aviso de que la historia estaba terminada.

No tardaría en comprobarse que era cierto trazado lo que se hallaba en vías de extinción: una teleología, una historia de fantasmas, un chanchullo secreto... Decidido a defenderse de la sentencia de muerte literaria dictada en contra suya, Le Carré recordó a sus enterradores que el relato de espionaje no había nacido con la Guerra Fría, aunque ésta fuera quien le otorgara preponderancia.



Nuevos desastres políticos, nuevas conflagraciones, vendrían a ofrecer escenarios de escritura a él y a sus colegas. “Lo realmente emocionante surgirá de donde siempre vino”, consideró. “De la interacción entre la realidad y el autoengaño que se encuentra en la base misma de tantas vidas secretas. De la sutil relación entre ingenio y estupidez. De la confianza ciega que los políticos, por desesperación o impaciencia, depositan en unos servicios de inteligencia supuestamente intocables, con resultados desastrosos. De nuestra capacidad común, sea cual sea la nación a la que pertenezcamos, para torturar la verdad hasta que nos diga lo que queremos oír. Del modo en que una historia de espionaje nos lleve al centro de cualquier conflicto, aunque luego resulte que el conflicto está dentro de nosotros mismos. De la infinita variedad de motivos para la lealtad y la traición, y de la manera en que el motivo del traidor llegue a reflejar como un espejo la moralidad de nuestro tiempo.”

Desde entonces, 1989 o 1937, espías y fantasmas se han negado a desaparecer. Porque viven dentro de nosotros y están hechos de nuestros miedos esenciales. (Desmintiendo las cautelas de su prólogo, el volumen de historias fantásticas de Edith Wharton ha gozado de sucesivas ediciones.) Fantasma y espía, dos figuras de infiltración, tienen suficiente con una frontera para seguir con vida. La tendencia a considerar peligrosa toda alteridad, las sospechas cifradas al otro lado de cualquier límite, hacen suponer nuevos fantasmas y nuevos agentes secretos. Cae un muro, pero cuántas fronteras permanecen en pie. Y la electricidad no hace más que marcar de otra manera el perenne contraste entre claridad y sombra.

Por lo que fantasma y espía continúan viniendo, visitándonos, desde los nacionalismos y desde la muerte. ■

Isla violeta en entero verde

(otra ocasión para leer
a Reina María Rodríguez)

Duanel Díaz Infante

R

ecién publicado por Green Integer Books, *Violet Island and Other Poems* hará llegar a los lectores de habla inglesa una muestra de la ya considerable obra poética de Reina María Rodríguez. Considerable, valga enseguida la aclaración, no sólo cuantitativa sino sobre todo cualitativamente.

Tanto que no sentimos, como lo hiciéramos si se tratara de alguno de nuestros mediocres poetas “laureados” por obra de la estulticia, la inercia o la propaganda a veces hasta con el Premio Nacional de Literatura, que haya injusticia en que su nombre aparezca junto a los de André Breton, Paul Celan y Amelia Rosselli en el catálogo de 2004 de esa editorial de enigmático nombre y bien ganado prestigio.

Además de recoger veintiséis poemas de cinco libros publicados en Cuba entre 1980 y 1998 *Cuando una mujer no duerme* (1980), *Para un cordero blanco* (1984), *En la arena de Padua* (1992), *Páramos* (1993) y *La foto del invernadero* (1998), esta antología bilingüe incluye un extenso epílogo donde una de las traductoras explica a los lectores norteamericanos la trayectoria poética de Rodríguez en relación con diversas coyunturas literarias, sociales, políticas y biográficas: las tensiones entre la *intelligentsia* y el estado después de 1959, la norma conversacionalista y su agotamiento, las dificultades de la vida cotidiana durante el llamado “período especial”, la participación de la autora en proyectos y espacios no institucionales como Paideia y sobre todo la “azotea”.

En su acercamiento a una obra poética tan marcada por el trazo confesional no soslaya Dykstra el aura poética a la que se ha referido Antonio José Ponte cuando afirma en reciente homenaje dedicado a Reina María Rodríguez por la revista *Encuentro de la cultura cubana* que es ella la única leyenda literaria que hoy tiene La Habana. A partir de entrevistas inéditas y publicadas concedidas por la poeta a sus traductoras nos enteramos de una formación literaria marcada por una temprana vocación poética, de la construcción de la “casa de Ánimas” y su conversión en sede de la tertulia donde se dieron cita en los años noventa muchos de los jóvenes poetas del país, de la curiosa relación entre esta mujer y la ciudad donde habita.

Pero todos estos elementos que alimentan la leyenda de esa Maga letrada que es Reina María carecerían de interés si no fuera por la extraordinaria calidad de su poesía. Atravesada por las tensiones entre la voluntad de expresar la intimidad de lo cotidiano y los reclamos de una épica colectiva en los primeros poemarios, y entre la transparencia del estilo conversacionalista y la búsqueda de nuevas posibilidades expresivas a partir de *En la arena de Padua*, su obra se coloca además en la vanguardia de la poesía escrita en Cuba en las últimas décadas. Dykstra cita al final del epílogo una justa afirmación de Catherine Davis: “Alrededor de una docena de poetisas nacidas entre 1940 y 1960, comúnmente llamadas las poetisas de la Revolución, han publicado continuamente a lo largo del período posterior a 1959. La más famosa internacionalmente es Nancy Morejón; la que acaso tiene en Cuba más reconocimiento es Reina María Rodríguez”. Con las acertadas explicaciones de su epílogo y la relectura que propicia de poemas entre los que se encuentran algunos de los más conocidos de la autora de *Páramos* “deudas”, “remordimientos para un cordero blanco”,

“las vigas”, “poliedros”, “al menos, así lo veía a contraluz”, “Violet Island”, esta antología viene a reafirmar una jerarquía poética que en su reciente “Introducción a un texto infinito sobre el canon cubano”(Unión, La Habana, abril-junio, 2003.) Jorge Luis Arcos reconoce cuando incluye a Reina María Rodríguez, con José Kozler, Raúl Hernández Novás y Ángel Escobar, en el selecto grupo de poetas de su generación a los que está reservado un lugar en el canon de la poesía cubana del siglo XX.

En el canon de nuestra poesía femenina la preeminencia de la autora de *Cuando una mujer no duerme* es naturalmente mayor. Sin desconocer el valor de poetas como Lina de Feria y Damaris Calderón, representantes respectivas de las promociones poéticas que preceden y siguen a la suya, las llamadas “generación del primer Caimán” y “generación de los ochenta”, creo que Reina María conforma junto a Dulce María Loynaz y a Fina García Marruz un insoslayable trío canónico de poetas cubanas del siglo XX.

Más moderna, marcada por otras experiencias y otras lecturas, la obra poética de Rodríguez manifiesta, a diferencia de las de Loynaz y García Marruz, la presencia del cuerpo y sus flujos, la sexualidad y el impacto del tiempo biológico, el horror. Fina dice la dulce nevada que cae perennemente, los interiores del mimbre y la costumbre, Dulce María los juegos de agua, el amor ideal por un faraón momificado, la Isla cantada en versículos bíblicos, Reina el horror de decapitadas muñecas frías de El Encanto. Si en estas tres poetas, cuyos nombres aluden, por cierto, a atributos o arquetipos tradicionalmente atribuidos a la mujer, la feminidad aparece asociada al espacio doméstico, hay un notable abismo entre las significaciones de la casa en la poesía de Rodríguez, por un lado, y en las de Loynaz y García Marruz, por el otro. La casa “íntimamente maternal, nutricia” que toma voz en “Últimos días de una casa”(1958), uno de los mejores poemas de Loynaz, es la casona republicana cuya demolición simboliza el empuje arrasador de la modernidad. Afín es la percepción de García Marruz del hogar como reducto de resistencia al caos y la desintegración: allí lo nimio gana sentido, los objetos se hacen familiares,

lo inanimado se integra al mundo del hombre. Mundo esencialmente religioso, el de García Marruz es un orbe ordenado, signado por el ideal del límite en cuyo respeto encuentra el católico la auténtica libertad. (Nótese, a propósito, que en las antípodas de la rebeldía feminista está la aceptación de la obediencia que preside la poética de García Marruz, explícita en escritos reflexivos publicados en *Orígenes* en la segunda mitad de la década del 40, sobre todo en su interesante reseña de *Espacios métricos*, de Silvina Ocampo.)

Muy distinta a la casa “con alma” de Loynaz o a la de García Marruz es esta de Rodríguez, metáfora de sí misma: “llegar a mí. Una casa vacía / y ni un solo tesoro / todo desierto en las esquinas. / cargo con mi casa inmueble-desperdicio” (“Alguna vez. Algún tiempo”) Dificultosamente construida en la azotea del apartamento de su madre, aprovechando para ello lozas y maderas de antiguos edificios derruidos de Centro Habana, la “casa de Ánimas” no es ya la casa familiar que vivifica una tradición amenazada por impías potencias exteriores. La casa de Reina está llena del afuera: el vecindario, el bullicio de la calle, el abismo tentador de la azotea. Adentro y afuera se confunden como ocurre en “luz acuosa”, donde la ciudad invade desde la vista de la azotea y todo se vuelve amenazante, extraño. “por la ventana de barco, luego de atravesar la tela, envejecida y floreada, de una pequeña cortina blanca, entraba una luz acuosa que me hacía mirar aun sin querer las rejaduras del edificio, el peso de los tanques de agua destapados, las vigas de hierro que han perdido su revestimiento y crujen al pasar las bandadas de palomas [...]”.

Cruzando los límites de la verja del jardín de Dulce María y de la católica Habana de García Marruz, he aquí al desastre. Pero no aquel que en su poema Loynaz lamenta y que García Marruz resiste en los suyos: la casa de Rodríguez está signada desde siempre por la ruina y la pérdida: construcción y destrucción aparecen simultáneamente, como aclara Reina refiriéndose a su poética. Es en este sentido que cabría llamar a esta poética “deconstructiva”, no sólo por sus contaminaciones con cierta teoría de sesgo posestructuralista o posmoderno, sino sobre todo por el impulso crítico que la anima.

Poesía crítica, más que por sus dimensiones civiles, por ser poesía de la crisis y poesía siempre en crisis.

Violet Island and Other Poems alcanza a ilustrar cómo de Para un cordero blanco a En la arena de Padua se produce una crisis en la escritura poética de Reina María Rodríguez. Crisis que debe entenderse sobre el fondo del paulatino agotamiento de la norma conversacional y del reconocimiento de su obsolescencia en los años del pivote que para Cuba significó la caída del muro de Berlín.



“era a finales de siglo y no había escapatoria / la cúpula había caído, la utopía / de una bóveda inmensa sujeta a mi cabeza, / había caído.”

Y aparece una Habana, la de sus aun inéditas Variedades de Galiano, también del Centro, pero muy distinta a la de García Marruz, que resulta, como la que esbozara Lezama en el Diario de la Marina, una antañona “ciudad de cariños a la mano”. Lejos de aquel simbólico Encanto de la Habana republicana, la decadencia de la ciudad capital en el “periodo especial” ofrece la imagen perfecta para una crisis de la que Reina, más frágil pero más lúcida, obtiene una ganancia poética que sus lectores le agradecemos. Si a comienzos a los ochenta la poeta pudo decir “todo es sencillo y firme”, ahora escribe: “observamos las vigas que soportan tanto peso. / mi vida está ladeada / los demás colocan travesaños / apoyo el centro de la mano contra el muro / y el arco agita / la humedad el vicio de la herrumbre.” (“Las vigas”) ■

Violet Island and Other Poems,
traducción de Kristin Dykstra y Nancy Gates
Madsen
epílogo de Kristin Dykstra
Green Integer Books, København & Los Angeles,
1994

Algo similar a los monstruos de mañana

Iosmar López

Me gustaría hablar de escritores cuyos nombres están siempre a prueba de canon. De libros que jamás serán lectura obligatoria en ninguna escuela.

Me agrada que el tiempo reserve olvidos merecidos para una legión de autores que jamás debieron serlo.

Darí a una mano porque la irreverencia y hasta el descreimiento fuera el pan nuestro de la crítica literaria cubana. Prefiero el riesgo a la convención. *Prefiero preferir.*

De un escritor puede que interese todo, hasta lo que dijo en entrevistas y lo oculto en viejas cartas que solo la muerte permite revelar. Ni siquiera por el placer de la sospecha o el hallazgo de ciertas claves. A ese escritor comienzo a sentirlo como mi alter ego.

¿Cuánto daño puede *aportar* el silencio?

¿Y la negación de la negación?

La literatura cubana ha hecho de la endogamia una norma y del espaldarazo un estilo, un sello. Sus adalides la promueven como lo que en realidad es: la caricatura de un islote a la deriva que se aleja de los muchos centros. Alguien, tal vez Roberto Bolaño, se refería en términos similares al estado actual de la literatura chilena: “recibe con los brazos abiertos a los turistas, pero mira con desconfianza a los hijos pródigos”. “La cantinela, entonada por latinoamericanos y también por escritores de otras zonas depauperadas o traumatizadas, insiste en la nostalgia, en el regreso al país natal, y a mí eso siempre me ha sonado a mentira”, dijo también, además, Bolaño. Y después se murió.

¿Cuán autónoma es una literatura?

Todo cuanto admita o asimile del criterio de un solo lector. ■

El otro Guillermo

Rafael Vilches Proenza

E

ra sábado y 15 de mayo en la noche. Año 2004. Primavera. Pasadas las diez Martha María Montejo y Michael Hernández bajo la lluvia (aquí que la lluvia no es gracia cotidiana) dijeron: *murió el Guille*. Me duele repetirlo.

No había dudas que fuera Guillermo Vidal.

A estas alturas no lo creo.

Su primer libro que llegó a mis manos y leí fue *Se permuta esta casa*, premio David 1986. Lo conocí a finales de 1993 o en los primeros meses de 1994, en la Casa del Joven Creador de Las Tunas, en la presentación de su novela *Matarile*. Nos presentó Tony Borrego. Ahí supe cuánto lo querían y respetaban los escritores y quienes lo leían. Sus libros no alcanzaron pero logré llevarme un ejemplar dedicado a mi Vado del Yeso, luego una mano amiga lo desapareció de mi biblioteca. Fue una novela que me marcó y recuerdo con respeto, junto a *La ciudad y los perros*, de Vargas Llosa, *El gran Meaulnes*, de Alain Fournier, *La novela del adolescente miope*, de Mircea Eliade, *La invención de Morel*, de Bioy Casares, *Celestino antes del alba*, de Arenas, *Lo peor*, de Ray Loriga, *Cañón de retrocarga*, de Alejandro Álvarez, *La leve gracia de los desnudos*, de Garrido, aún me siguen rondando cuando intento escribir o reinventar

mis historias y mis personajes.

Fue el Guille junto a Alberto Garrido, José Fernández Pequeño, y los escritores del grupo literario Espiral, de Bayamo, quienes leyeron el original de mi primera novela.

En un Encuentro Debate de Talleres Literarios en esa misma ciudad leí un cuento, Guillermo era el presidente del jurado y me fui sin nada, pero por una gentileza de esa gran amiga, la poeta Zoelia Frómata, almorcé con él en el Hotel Central (hoy Escuela de Artes Plásticas). Me pidió mientras esperábamos el pedido que le hablara de la historia que me había motivado a escribir el cuento, cuando concluí me dijo: *eso da para más, ahí tienes una novela*. Eran sólo dos cuartillas. Sentados en La Plaza de la Patria me leyó un fragmento de la novela *No se lo digas a nadie*, del peruano Jaime Bayly, que en la cubierta traía unas palabras de presentación de Mario Vargas Llosa. *Escucha qué genial está esto, y el ritmo y el tono que tiene*. Me estaba tratando de enganchar con la novela, le gustaba que los demás escribieran novelas.

Tiempo después me abrazó en la Plaza Cultural de Las Tunas: se acababa de leer mi primera versión de lo que serían los *Ángeles desamparados*, novela que había nacido de aquel cuento y de aquel encuentro.

Amigo. Hermano. Padre en los predios literarios. Fue para nosotros lo que para él fue José Soler Puig.

Tuve la satisfacción de compartir muchas veces con el Guille. Ahora sé que no fueron tantas.

En Manatí, año 1996, en la casa de Lucy Araújo, junto a Torralba, Amir, Yoss, Nelton, Remigio Ricardo, Marcos González, Carmen Morales, Juan Manuel Maestre, Casanova, María Liliana, y otros escritores que ahora no recuerdo, escribimos un cuento a todas las manos posibles, y sus manos también estaban ahí.

En Jiguaní nos bañamos en el Río Los Cantiles, donde quedó una foto, o quizás sólo esta expresión de él: *Dentro de unos años esta foto será la foto de Guillermo Vidal y unos desconocidos* (entre los desconocidos estaban Víctor Hugo Pérez Gallo, Norge Batista, Juan Isidro Siam, Yunier Riquenes, Lucy Araújo, Orman Cala, Alexander Machado, Alejandro Ponce, Carlos Manuel Pérez, Gelasio Barrero, Manuel Navea y otros desconocidos). Eso fue culminando una edición tortuosa y divina del evento de narrativa: ¿Serán los últimos los primeros?

Recorrimos varios meses después las salas del Museo de Bellas Artes de La Habana en su inauguración. Estuvo en la presentación de la novela que me impulsó a escribir, aquella tarde en la sala José Lezama Lima, en San Carlos de la Cabaña, durante la Feria Internacional del Libro de La Habana, 2002. Compartimos en Santa María del Mar, donde nos hospedábamos.

Jugamos béisbol en el Puerto de Manatí con los hijos de los pescadores, el mismo año del cuento a todas las manos, y en Varadero con los escritores que asistimos al Encuentro Nacional de Narrativa, Matanzas, 2000.

Alguna vez me escribió una carta y una nota en el original de *Ángeles desamparados*. Siempre con tiempo disponible para dedicar a los amigos, para asistir a sus presentaciones y recitales, leer originales de sus libros de cuentos o novelas. Mientras él escribía: *pero en lo que más estuve pensando es si cuando nos despedíamos ya el cáncer estaba oculto en sus células, ya gorjeaba aquello allá adentro sin que ninguno se diera cuenta y después le habían comenzado los dolores, casi nadie se alarma de golpe por un simple dolor en el vientre, lo atribuye a miles de cosas pero nunca a que está comenzando un proceso como aquel... como el día de la muerte de uno, que sucederá, de todas formas aunque no lo esperes.*

No sabía, en marzo cuando fui a la Feria del Libro de Las Tunas, a que me dedicara sus novelas (*Los Cuervos*, II Premio de novela Dulce María Loynaz, y *La saga del perseguido*, Premio Alejo Carpentier 2003), en el patio de la UNEAC, que serían los últimos libros que me firmaría. Estaba compartiendo con Amir, Rogelio Riverón, Rebeca Murga y Lorenzo Lunar. Al otro día lo vi por última vez con vida, entrando a la Dirección de Cultura o a la oficina de Carlos Tamayo. Iba muy molesto por unos libros de la Editorial Plaza Mayor de Puerto Rico robados a un amigo en el Hotel Las Tunas, a pesar de que éste le había pedido encarecidamente que olvidara lo sucedido. Pero a Guille la ofensa lo estaba hiriendo y no pudo amordazar su lengua que siempre fue un látigo al que le temían los que un día lo dejaron sin trabajo, los que no le concedieron una casa a su hijo Guillermo de Jesús, a su esposa Solángel, a él mismo, que esperó hasta la ahora de su deceso. Esos mismos que lo mesuraron y lo cortearon hasta su póstuma morada para estar seguros de su viaje, de su silencio. Pero él no dejará de joderlos, era de clase, y los amigos lo sabemos, ahí estarán saliendo sus libros y su palabra:

basta un parpadeo para que seamos perseguidos y llevemos dentro una muerte y huyamos de esa muerte para siempre y sea lo que nos ha tocado a pesar de todo, una muerte en el sitio más oscuro del mundo.

Nos moriremos y seguiremos de luto.

Pediremos a Dios por todos nosotros.

Hasta que Dios no tenga más remedio que mirarnos.

Un día, cualquier día Dios se me aparecerá.

Y le diré lo malo que está todo esto.

La carne lo cara que está.

La suerte lo mala que se ha puesto.

Le diré por qué te has demorado tanto, Dios.

Y yo entonces podré morirme sin esta angustia.

Ni seguiré llorando mientras me entierran en este país.

...

Un nombre en la cruz.

Galopas en la casa con silencio de música rota

Con todos los amigos y la culpa

Con las miserias agrupadas en el corazón

Sin un solo grito



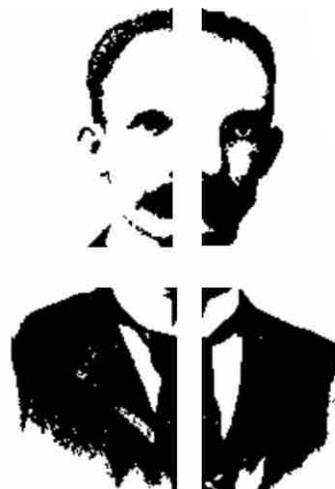
*Ni una palabra de arrepentimiento
Los amigos dejan todos los árboles desnudos
Y un sabor en la palabra a la hora del café
Con un silencio a voces que espanta
Que nos pone a rotar en la cruz.*

...

*bien que tú no me escuchas que estarás donde el Señor
hasta el día del Juicio Final.*

Yo soy ese escritor de provincias

perdida la fe dudamos.
M.H.M.



Tengo muy mala memoria y los amigos me hacen olvidar con facilidad los momentos humillantes.

Leer *Escribir en provincias*, de Guillermo, marzo de 2001, Las Tunas, me vino como una patada propinada al centro del pecho o en los testículos o para quienes lo prefieran: en los güevos. Aquella mañana de 2000 en la UNEAC de Matanzas, nos abrazamos frente a esa institución y éramos dos mugrientos orientales desorientados, y por qué no, palestinos y con hambre.

Ahora que leo *Hace unos meses fui a un encuentro de narradores cubanos a Matanzas y como vivo muy lejos llegué temprano. Un tipo que llega sucio de tren por la mañana no suele caer bien. Allí estaba otro escritor de los que la gente dice de provincias, muerto de cansancio, sucio y con hambre*, así pudo el Guille comenzar cualquiera de sus cuentos o novelas. Pero nada de novelas ni cuentos.

Yo había llegado a las seis de la mañana. El día anterior me enteré, de paso por una librería en Bayamo, que alguien de La Habana estaba insistiendo hacía días en hablar conmigo, fueron las palabras de una librería amiga, que había anotado el recado en una libreta: *debes llamar urgente a la UNEAC, a La Habana*. Lo hice. Me atendió Grisel y me pasó a Sacha. Me estaban invitando al Segundo Encuentro Nacional de Narradores (el primero había sido en el hotel Guacanayabo en Manzanillo, ya para entonces había desaparecido el Evento de narrativa de Manatí, el mejor de los que recuerdo), que comenzaría al día siguiente en la llamada Ciudad de los puentes, donde viven excelentes amigos. Viajé esa tarde noche por la ruta Bayamo-Vado del Yeso-Las Tunas-Camagüey-Ciego de Ávila-Puente de Madruga-Matanzas.

Llegué a la ciudad a las cinco de la mañana sin brújula, preguntando logré localizar el lugar donde se suponía debían recibirme. El CVP no supo decir nada sobre el encuentro, aún el frío de la noche en la carretera y el sueño no me abandonaban. Me dijo: *si quieres puedes poner el equipaje en esa oficina*.

Cuando vi al Guille bajar por aquella calle mi alma retornó de algún lugar. Destimbalao y con olor a tren rió, antes del abrazo soltó sus palabrotas y yo pensé: *Ya no estoy perdido*.

A las ocho de la mañana me informó el presidente de la UNEAC: *hasta que no lleguen Sacha y Zurbano con los invitados nacionales no se sabe nada, el evento es de La Habana*.

Ese mismo año me ocurrió algo parecido en Santiago de Cuba en el I Congreso Mundial de Poesía. Un escritor de provincias, como yo, no me permitió leer en una lectura que harían todos los participantes, pues al inscribirme me preguntó de dónde era, le dije: *de Cuba, un escritor cubano...* Se rió, jamás me llamó a leer quizás por no decirle: *soy del Cero de Las Mil Nueve, Vado del Yeso, Río Cauto, Granma, Oriente, 1965*.

Guillermo, después de dejar su equipaje junto al mío, sin desprenderse del tufo ferroviario, me acompañó a buscar algo de desayuno, almuerzo y comida, a falta de los amigos y las estatuas. No recuerdo haber comido el día anterior, quizás un bocadito *con algo* en la Terminal de ómnibus de Ciego de Ávila ... y mucha agua. Nos instalamos frente a un mostrador de cafetería a unas cuadras de la UNEAC, donde pudimos comer *comida nacional*, conversar y para no sudar y andar con el rostro más grasiento que cualquier escritor de provincia, nos metimos en una TRD a refrigerarnos.

Luego, sin saber cómo encontrar a los amigos residentes en la ciudad, nos enclaustramos en el patio de la UNEAC, donde nos hicieron pasar horas de perros, y sentirnos intrusos, menores, mediocres, sin dirigirnos la palabra, no nos brindaron ni agua gentes que también viven en provincia. Se los agradezco, Guille, porque tuve tu palique para mí solo toda una mañana.

Al mediodía desembarcó otro escritor que por ser de un municipio de la provincia sede, de Pedro Betancourt, nos atendió: Alberto Abreu. Luego llegó José Manuel Espino desde Colón. Seguro se sintieron tan incómodos y ofendidos como nosotros, a decir de Cuca, la abuela de la escritora Laura Ruiz, sintieron vergüenza ajena. Muchísimas horas después llegaron muy frescos y felices Sacha y Zurbano con los escritores nacionales, solo entonces parecimos adquirir la misma condición que el resto, a partir de ese momento todo fue de maravillas. Fuimos los últimos en hospedarnos y almorzar en el Hotel Guanima. A Guille lo instalaron en la habitación con Sacha y Padura, a mí con Jesús David Curbelo; compartíamos el piso con Adriana Zamora, Aymara Aymerich, Roberto Zurbano y Alberto Abreu.

Después todo fue lecturas, cerveza, refrescos, amistades. Ahí comenzó la historia de amor de Curbelo y Susana Haug.

El encuentro terminó con almuerzo en un hotel en Varadero. Lo más grato de esa última jornada, aparte de la lectura de un fragmento de la novela de Alberto Guerra, titulado El muerto, fue el juego de voleibol de playa que nos hizo sudar. Ahí recuerdo a los antes mencionados, además a Nelton Pérez, Amir, Eduardo Heras, Ángel Santiesteban, Raúl Aguiar, Sergito Cevedo, Eliseo Altunaga, Agustín de Rojas, Alberto Garrido y otros mirando a las turistas en cueras.

El encuentro fue excelente, y ahora que Ya no tenemos un Soler Puig ni a un Guillermo Vidal a los que le roncaban los cojones, ahora que todos quieren agenciarse un pedacito de tu gloria recuerdo esas horas de perro que nos hicieron pasar gentes que también viven en provincias. **B**

Holguín 8 de julio y 2004.

Escribir en provincias

Guillermo Vidal

A nadie le importa desde dónde uno escribe.

Sólo el resultado, sin interesar demasiado los trabajos, las humillaciones, el rencor.

Un lector cualquiera se lee el libro y ahí debe quedar todo.

Últimamente he leído algunos trabajos sobre el escritor de provincias.

Se supone que debo ser un escritor menor, un tipo sin lustre.

La culpa la tienen en realidad los escritores menores y sin lustre que se quejan o hablan con menosprecio de los que no estamos en la capital.

Uno puede vivir al lado de la Seix Barral y ser un verdadero idiota.

Ahora que lo pienso, también debo ser un idiota por no vivir al lado de la Seix Barral.

Siempre que por la tele presentan a un escritor que vive en la capital dicen el escritor fulano, pero cuando entrevistan a uno que no vive allá le endilgan el lugar de nacimiento.

Al gran José Soler Puig le decían el escritor santiaguero, mientras ese tal por cual adquiría la condición de escritor cubano.

Hace unos meses fui a un encuentro de narradores cubanos a Matanzas y como vivo muy lejos llegué demasiado temprano. Un tipo que llega sucio de tren por la mañana no suele caer bien. Allí estaba otro escritor de los que la gente dice de provincias, muerto de cansancio, sucio y con hambre.

Los escritores que venían de la capital llegaron muy frescos y felices muchísimas horas después y sólo entonces parecimos adquirir la misma condición que el resto.

El encuentro fue excelente, pero no pude olvidarme de esas horas de perro que me hicieron pasar gentes que también viven en provincia.

Muchos colegas de acá me dicen: si nos vamos para la capital le estuviéramos dando la vuelta al mundo, tendríamos dinero, conoceríamos a medio mundo, habríamos firmado contratos jugosos, estaríamos siempre en la tele, en las recepciones, tendríamos acceso a internet, etc.

A veces me indigno.

Me pregunto qué coño hago aquí.

Pero lo mío es escribir las novelas.

Hay quienes escriben desde lugares desérticos, haciendas, estudios confortables, pero cada uno a lo suyo.

Acaso hubiera deseado un mínimo de condiciones y un máximo de información.

No tengo el menor deseo de ser los otros, si no fuera yo, estaría deseando serlo a pesar de todo.

Escribo siempre lo que se me antoja, no tengo el menor interés de complacer a nadie, mucho menos a los que tienen el poder.

Es por ello que pago mi precio sin quejarme, siempre será menor al de aquellos que se pliegan para dormir en paja caliente.

Mis libros desaparecen demasiado pronto de las librerías y hasta se los roban de bibliotecas. Es mucho el placer que siento cuando estas cosas suceden. Acaso también alguien haga una fogata con una parte de mis libros y a nadie suele ocurrírsele una reedición. Sé muy bien que es parte del precio.

Me digo que voy a esforzarme aun más por escribir una novela mejor.

Mis colegas que duermen en paja caliente, suelen demostrarme que no soy como ellos y me alegre, me saludan y siguen su camino.

Cada día escasean los amigos verdaderos.

Un amigo verdadero es mejor que toda esa farándula que se forma en los corrillos literarios.

No logro comprender el sentido de emulación de algunos de mis colegas y la manera de colarse para que los tomen en cuenta en antologías o periodizaciones literarias.

Ahora todo el mundo habla de Dulce María Loynaz, pero durante muchísimo tiempo la ocultaron. Y también a Lezama. Y a Soler.

Con Soler Puig porque amaba mucho a su Santiago.

Y nunca se dejó de nadie.

A uno se le muere la gente y eso va dejando un vacío.

Ya no tenemos un Soler Puig al que le roncaban los cojones.

No hay que lamentarse demasiado por ser de provincias si a uno también le roncan. **B**

En Las Tunas, marzo del 2001.

El anaquel



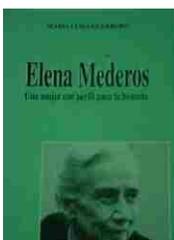
Sobre un fondo de arena. Israel Domínguez. DIPUTACIÓN DE CÓRDOBA, COLECCIÓN SUR, ESPAÑA. Un poemario con una sonoridad cercana a la música del mar, ese mar en que el matancero Israel Domínguez ha echado a navegar sus sueños. Un poeta, alejado de los corrillos literarios que por estos días alimentan a la isla,

pone sobre la palabra sinceridad el mejor de sus tesoros. *El agua corre/ y en la resaca de los mares/ trae la suerte de los peces. / El agua corre/ y aún así nos preguntamos:/ dónde está el número.* Visión de los poetas, imago, principio y fin.



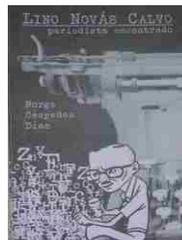
Cuba: fundamentos de la democracia. Antología del pensamiento liberal cubano desde fines del siglo XIX hasta fines del siglo XX. Beatriz Bernal (Compiladora). FUNDACIÓN LIBERAL JOSÉ MARTÍ. MADRID. ESPAÑA. Con un estudio introductorio de esta jurista y estudiosa de la política cubana, y

prólogo de Carlos Alberto Montaner, esta antología recibe a 58 autores que develan los antecedentes liberales del pensar cubano. Entre el *Discurso sobre la agricultura...* de Arango y Parreño, pasando por la obra de Varela, Agustín Caballero, Martí, hasta terminar con Armando Rivas y Rafael Rojas en el siglo XX, apreciamos los distintos estadios del pensamiento liberal cubano. Los ensayos, cartas, artículos de prensa que aquí aparecen han sido reunidos bajo el anuncio de filosóficos, filosóficos-políticos, históricos-jurídicos, políticos, y en ese orden hasta llenar cualquier expectativa. Dan fe estos escritos de la riqueza de pensamiento en la Cuba nuestra.

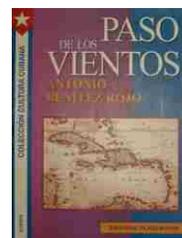


Elena Mederos. Una mujer con perfil para la historia. María Luisa Guerrero. FUNDACIÓN ELENA MEDEROS. MADRID, 2002, ESPAÑA. Constituye este libro un retrato vivaz de la insigne luchadora cubana. Sus enseñanzas y sus esfuerzos en pos de una más equilibrada justicia social la convirtieron en una adelantada en

términos de trabajo social. Su vida en el Lyceum de La Habana, el exilio en Nueva York y su incorporación como gestora principal al UNICEF, son un símbolo de permanencia, tenacidad e inteligencia. Un retrato del valor y tesón humanos.



Lino Novás Calvo: periodista encontrado. Norge Carlos Céspedes Díaz. EDICIONES ALDABÓN, MATANZAS, CUBA, 2004. No acaban de compilarse en Cuba los trabajos periodísticos de Lino Novás Calvo y por eso el joven periodista Norge Céspedes entra en la enmarañada madeja y saca a flote cuatro reportajes publicados en la revista Bohemia entre los años 1931 y 1948. La obra periodística de este genial autor cubano se ha visto eclipsada por su obra de ficción entre la que cuentan *Pedro Blanco el negrero* y *Angusola y los cuchillos*. Sus ficciones marcaron un hito en la narrativa cubana junto a Carpentier, Labrador Ruiz y Montenegro. Entre la frescura y jovialidad de lo cubano Lino Novás supo encontrar la cuerda justa para retratar las situaciones de su entorno republicano. Es una obra encomiable por la sagacidad del joven investigador, sumado a la precisa edición de Alfredo Zaldivar.



Paso de los vientos, Antonio Benítez Rojo. EDITORIAL PLAZA MAYOR. PUERTO RICO. 1999. Este año que vivimos nos trajo bien temprano la triste noticia de la muerte de Antonio Benítez Rojo en Amherst, Massachusetts. Vueltos los ojos sobre estos diez cuentos, los últimos que llegó a publicar en vida, reparamos que no perdió jamás su pulso narrativo, a pesar de no ser muy prolífico. Para proteger del olvido son estas historias sobre diversos tramos epocales en el escenario de estas convulsas islas del Caribe. Toda una *especialidad* para él, si cabe tan feo término. Un acierto de Plaza Mayor, editorial que apuesta con denuedo por acercar las múltiples orillas de las letras cubanas.

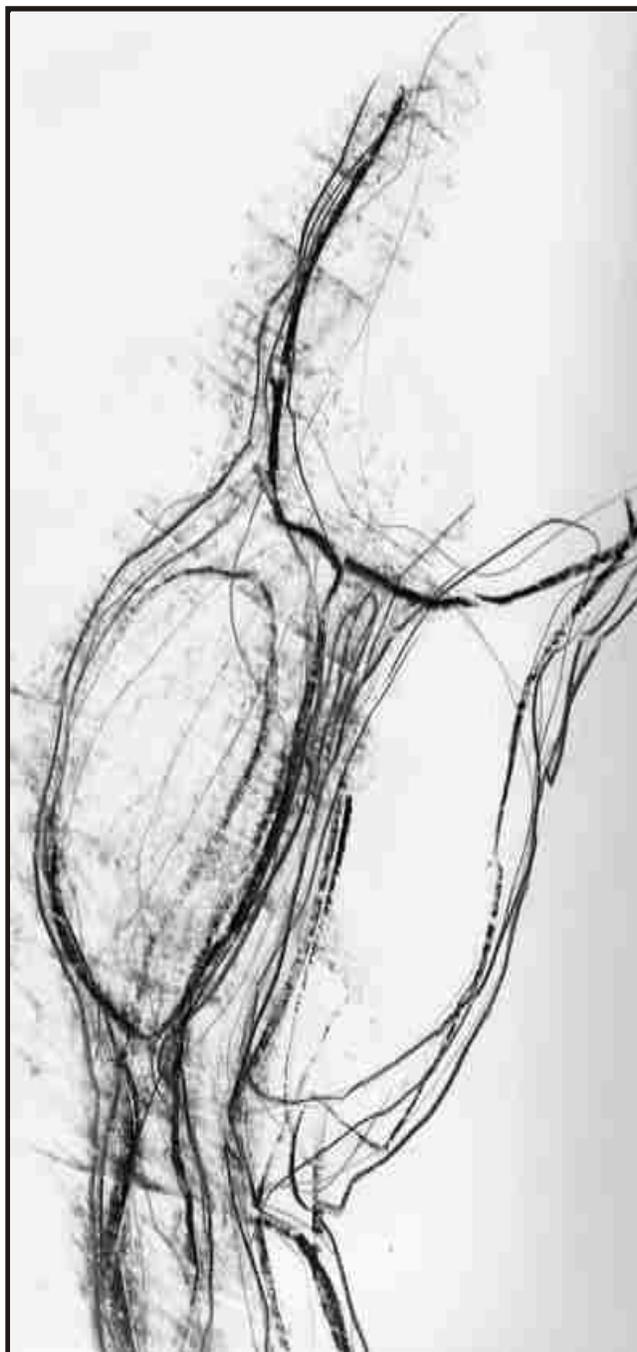


El libro perdido de los origenistas, Antonio José Ponte. EDITORIAL ALDUS. MÉXICO. 2002.

Antonio José Ponte salva del polvo de hemerotecas una decena de excelentes ensayos y los reúne en este volumen. El hilo es, otra vez, el grupo Orígenes (y algunas figuras tutelares: Martí y Casal), desde perspectivas menos reverenciales que las conocidas hasta hoy. "Este podría considerarse un libro político", dice Ponte, y tal entrecruzamiento con lo desacralizador, sopesando los resultados, es de agradecer. Su autor cuya poesía acaso sea lo más conocido de su obra en Cuba, en detrimento de su narrativa y su ensayismo, un mal que evidentemente demorará en conjurarse, nos prodiga momentos de prosa inteligente e irónica. Lezama, Piñera, García Vega, Vitier: un universo inacabable. Y este libro, más que una *finesse*.

BIFRONTE UNO HA SIDO:

Ernesto Santana: Puerto Padre, 1958. *Bestiario pánico*, cuentos, Edic. Abril, La Habana, 1996; *Escorpión en el mapa*, poesía, Edic. Arlequín, Guadalajara, México, 1998; y *Ave y nada*, novela Premio Alejo Carpentier, 2001, Edic. Letras Cubanas, La Habana, 2002. **Ormany Rodríguez:** La Habana, 1977, escritor y realizador audiovisual. Reside en España. **Luis Felipe Rojas Rosabal:** San Germán, Holguín, Cuba, 1971. Poeta y narrador. Ha publicado los poemarios *Secretos del monje Louis*, Edic. Holguín, 2001 y *Cantos del mal vivir*, Edic. Loynaz, 2004. **Michael Hernández Miranda:** Cueto, Holguín, 1974. Tiene publicados, entre otros, los poemarios *Viejas mentiras de otra clase*, Edic. Santiago, 2000 y *En óleos de James Enzor*, Col. Calendario, 2001. Es editor y periodista. **Duanel Díaz Infante:** San Germán, Holguín, 1975. Ensayista y traductor. Su libro *Mañach o la República* obtuvo el Premio Alejo Carpentier en 2002. **Iosmar López:** Santiago de Cuba, 1973. Escritor y ceramista. Reside en Madrid. **Rafael Vilches Proenza:** Vado del Yeso, Granma, 1965. Poeta y narrador. Ediciones Bayamo publicó en el 2001 su novela *Ángeles desamparados*. **Ismael González Castañer.** La Habana, 1961. Su libro de poesía *Mercados verdaderos*, Edic. UNIÓN, fue merecedor de los premios David y de la Crítica. Recibió el premio de La Gaceta de Cuba, 2002. **Antonio José Ponte:** Matanzas, 1964. Entre otros ha publicado los libros *Contrabando de sombras*, Barcelona, 2002 y *El libro perdido de los origenistas*, México, 2002. Es poeta, narrador y ensayista, además de miembro del Consejo de redacción de la revista Encuentro de la Cultura Cubana. **Guillermo Vidal Ortiz:** Las Tunas, 1952-2004. Autor de las novelas *Matarile*, *Las manzanas del paraíso* y *La saga del perseguido* (Premio de novela Alejo Carpentier, 2003), entre otras. Uno de los narradores cubanos contemporáneos más prolíficos.



Ilustraciones. **Nilo Julián González Preval.** Pintor, dibujante, performer y artesano de formación autodidacta. Es fundador e integrante de los proyectos *Omni* y *Zona franca*. Los dibujos que aquí se incluyen fueron cedidos por él.

Sin aire, la tierra muere. Sin libertad, como sin aire propio y esencial, nada vive. El pensamiento mismo, tan infatigable y expansivo, sin libertad se recoge afligido, como alma de una niña pura a la mirada de un deseador de oficio: o se pone albayalde y colorete, como un titiritero, y danza en el circo, entre el befador aplauso de la gente.

